TRAGEDIA DE MORAZÁN

TRAGEDIA

DE

MORAZÁN

OBRA EN VERSO ESCRITA

Por el famoso poeta salvadoreño

FRANCISCO DÍAZ

De los acontecimientos que tuvieron lugar

EN

COSTA RICA

Y dieron fin el 16 de Septiembre del año de 1842.

DEDICADA Á LA MUERTE DEL BENEMÉRITO GENERAL

FRANCISCO MORAZÁN

MANAGUA

LIBRERÍA ESPAÑOLA DE ANDRÉS GARCÍA

—

1894

DE EL SALVADOR

PERSONAJES

MORAZÁN
VILLASEÑOR
SAGET
SARAVIA
LAZO
CORDERO
MILLA
MOLINA
MAYORGA
CABAÑAS

Dos Ayudantes, Soldados, Carcelero.

TRAGEDIA

DE

MORAZÁN

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

MORAZÁN, SARAVIA.

MORAZÁN

¡ Al fin respiro ! Al fin mi amada patria
respetada será del extranjero.
Ya los Estados que ahora desunidos
sin poder nacional se hallan acéfalos,
á las usurpaciones de ambiciosos
por sus muchas riquezas siempre expuestos.
eligiendo un gobierno respetable,
una nación segunda vez tendremos,
la que en el exterior considerada
recobrará sus grandes privilegios
apareciendo al mundo engalanada

con los tesoros de su fértil suelo.
¡ Oh, dulce idea, grata y seductora
que llenas mi alma de un placer inmenso !
Cuando tu grito, ¡ oh patria ! hasta mis oidos,
llegó á mi voluntario y cruel destierro,
volé hacia el Sur á demandar socorro ;
y el general Bermúdez, grato oyendo
mi ardiente queja, me brindó al instante
armas y municiones : y reuniendo
á unos pocos valientes que me fueran
en triunfos y desgracias compañeros,
las procelosas ondas del Océano
surcamos al instante. Hacia tus puertos
arribamos en fin. Suena la nueva,
se habla do quier con gozo ó vituperio
de mi llegada; espárcese ligera :
llenan mis naves ínclitos guerreros
que « á sostener la patria » todos claman,
y el eco de esta voz llena los vientos.
El entusiasmo, la alegría, el gusto,
hacen latir á los marciales pechos.
Pero sabiendo que este hermoso Estado
yacía preso de un tirano inepto,
forzoso era salvarle. Enderezamos
nuestras picas aquí, cruzando riesgos.
Expulso el monstruo, roto ya su yugo ;
derogados sus bárbaros decretos ;
de la alma paz los frutos deliciosos
libre y tranquilo ya disfruta el pueblo
y unido á los Estados sus hermanos
será de la nación otra vez miembro.
¿ No, general Saravia?

DE EL SALVADOR

SARAVIA

Es innegable,
que desunido como se halla el Centro
no puede ser feliz. La fiera saña
de la nobleza, cuyo plan perpetuo
es dividir para mandar; el odio
implacable y terrible hacia los pueblos;
ese prurito infame y detestable
de someter la patria al extranjero;
los avances britanos, todo, todo
demanda á tanto mal pronto remedio;
pero éste se halla lejos todavía...

MORAZÁN

Hemos ya dado el primer paso, y esto
¿no es un feliz auspicio?

SARAVIA

Considero
que el primer paso le hemos dado en falso.

MORAZÁN

Ése es un débil y pueril recelo.

SARAVIA

Creedme, señor, el pueblo es muy mudable,
inconsecuente y débil en extremo;

fácil de seducir, sin fe, sin luces;
al alboroto y novedad propenso:
lo que ayer adoró, hoy aborrece,
lo que respeta más, lo da al desprecio.
Y seducido por sagaces lenguas
y de promesas y esperanzas creido
con que le halagan los secuaces viles
del tirano decaido, no previendo,
que á las cadenas se le arrastra, escucha
y secunda aun el plan de sus prosélitos.
Dos veces asaltarnos han querido
y aun se preparan á motines nuevos.
Los partes que se os dan, el malicioso
aviso del caudillo que han electo,
esa inquietud que muestran sus semblantes,
esos tumultos — el rumor del pueblo —
indican, sí, señor, para otra alarma
y un nuevo y pronto asalto los intentos.

MORAZÁN

Ellos se estrellarán cual en las rocas
las olas de la mar.

SARAVIA

Mas con el tiempo
las rocas cederán. Y es más prudente
cortar de raiz el mal que entretenerlo.
Vuestra suma indulgencia y tolerancia
les autoriza á repetir excesos,
y la justicia manda se castiguen

en bien del hombre honrado; á los perversos
las leyes los condenan, ¿ hasta cuándo
cobrarán su vigor?

MORAZÁN

No, yo más quiero
que me llamen injusto si perdono,
y si castigo sentiré ser recto.

ESCENA SEGUNDA

Los Dichos, VILLASEÑOR y SAGET.

(Saget, haciendo un saludo con la cabeza.)

MORAZÁN (á ellos).

Sentaos, Generales, y decidme,
¿habéis las nuevas tramas descubierto?

VILLASEÑOR

Por partes y noticias que me han dado
tienen algunas armas y pertrechos
y una tercera tentativa intentan;
mas ya expedí mis órdenes; muy luego
se verá el resultado.

MORAZÁN

Mas decidme
¿en qué estado las causas de los reos
de las dos asonadas ya se encuentran?

VILLASEÑOR

Van á ser sentenciados.

MORAZÁN

Pues yo quiero
pongáis en libertad los que aparezcan
que ya por seducción ó ya por miedo
el plan hayan seguido, y que se juzguen
según la ley los otros. Yo prefiero
al castigo el perdón.

VILLASEÑOR

Y yo antepongo
por el deber y en bien del mismo pueblo,
el perdón á la ley. Cuando por suerte,
ó por un acto primo, ó bien de intento,
se comete una falta, es necesario
ver con blandura al miserable reo,
moderar su castigo, lastimarse
de su suerte infeliz; mas un perverso
dos veces perdonado y que reincida...
¿y contra quién? ¡Contra el que muchos riesgos
ha atravesado por salvarle, ¡Dioses!

de su baldón y sus pesados hierros!
Ese debe morir. Es un ingrato
un indigno, un infame...
(Parándose.)
Mas deseo
ir á cubrir los puntos y las guardias
doblar.

MORAZÁN

Quedaos más otro momento.
(Le hace seña con la mano.)
Vos, general Saget, decidme, ¿busca
el general Rascón á los que huyeron?

SAGET

Los partes que sobre esto he recibido
los he comunicado al Ministerio.
Jiménez, el caudillo, con sus cómplices
se embarcaron y el rumbo dirigieron
á Chiriquí. Rascón sigue sus pasos
y tal vez los captura. Los perversos
tarde ó temprano pagarán su crimen.

MORAZÁN

Son compasibles, míseros fragmentos
de un completo naufragio, ¡pobres necios!
de una luz falleciente... ¡Pobres necios!

SAGET

Esa es mucha verdad; pero la chispa
de una antorcha expirante hace un incendio.

MORAZÁN

Id, general Saget, que en los cuarteles
la vigilancia se redoble, espero
que, como acostumbráis, seréis activo
en esta vez.

SAGET

Yo parto en el momento
á registrar los puntos do el peligro
amenace mayor. — Cien calvareños
me bastarán contra dos mil esclavos.
Entre triunfar ó perecer no hay medio.
(Haciendo cortesía.)
Voy con vuestro permiso.

(Vase.)

ESCENA TERCERA

Los Dichos, menos SAGET.

MORAZÁN (á Villaseñor).

Vos, general en jefe, á quien se debe,
por vuestro patriotismo y doble esfuerzo
gran parte de la suerte de este Estado,
que uniendo vuestras huestes á mis guerreros
le diste al tirano un mortal golpe:
yo por la parte mía os agradezco

tan relevante bien, y por la patria
que premiará vuestros heroicos hechos.
Sí, sí, cuando ella llame á los valientes
que de nación los timbres le volvieron;
y reconozca en vos aquel caudillo,
que ahorró de sangre un cruel derramamiento,
y coadyuvó á su bien... Sí, caro amigo,
os premiará cual debe.

VILLASEÑOR

Los recuerdos
de servir bien á mi adorada patria,
serán mi única gloria y alto premio.
No apetezco yo más.

MORAZÁN

Las almas grandes
obran siempre cual vos, y si un momento,
la envidia y la calumnia encrudecidas
persiguen á los héroes, es el tiempo
su justo vengador, cual el astro
que una nube cubrió reapareciendo
brilla mejor y eternamente luce;
tal es el lustre de un patriota. El cielo
será testigo de la noble idea
que me propongo por mi patrio suelo.
Sólo su gloria busco: verle libre
de la coyunda de esos nobles fieros,
impedir los avances que en su costa
hacen los ambiciosos extranjeros.

En fin, mi anhelo y mis conatos todos
se dirigen tan sólo á estos objetos
que han sido siempre el móvil de mis actos,
desde que al campo ó gabinete llego.
¿Veis cuál el diente de la atroz calumnia
me muerde impío? ¿Veis el vilipendio
con que mi nombre ultraja y la injusticia
con que se premian todos mis esfuerzos?
Peor suerte y peor destino han de aguardarme;
tal vez la muerte, pero nada temo:
Viva mi patria y muera yo, y el mundo
júzgueme como quiera.

VILLASEÑOR

Eso está impreso
también en mi alma, mas llegará un día
de desengaño. Entonces gozaremos
de aprecio y de cariño. Mientras tanto,
yo voy, señor, á revisar los cuerpos.

(Vase.)

ESCENA CUARTA

Los Dichos, menos VILLASEÑOR.

SARAVIA (presentando un memorial).

Señor, la esposa de uno de esos viles
que existen en prisión pide al gobierno
su libertad.

MORAZÁN

Decrétese, y que vayan
la paz á disfrutar.

SARAVIA

Pero á lo menos,
la fiscalía informe en este asunto,
porque luego querrán los otros reos
igual gracia gozar, y de este modo
inútil es tomarlos.

MORAZÁN

Compadezco
la triste humanidad que me suplica;
pedid, pues, el informe.

ESCENA QUINTA

Los Dichos y LAZO.

MORAZÁN (á Lazo que hace una reverencia).

¿Qué tenemos,
coronel Lazo? ¿Traéis alguna nueva?

LAZO (entregando un papel cerrado).

Mi General, el santo.

MORAZÁN (leyendo).

Lo veremos.
Valientes... Velemos por la patria.
(Quedándose pensativo.)
Id, pues, coronel Lazo, id á hacerlo,
id á velar por esta santa patria
que algo nos cuesta ya.

LAZO

Mas yo prometo
que más le ha de costar á los malvados
que sueñan en los yugos y en los hierros.
Voy con permiso.
(Vase.)

ESCENA SEXTA

Los Dichos, menos LAZO.

SARAVIA

Lazo es siempre el mismo,
él tiene una alma y corazón de fuego.

MORAZÁN (entristecido).

Una idea terrible me fatiga.
El general Angulo que con pliegos
y suficientemente autorizado,

DE EL SALVADOR

para establecer la paz, con el Gobierno
nicaragüense, ha vuelto de la nave
sin arreglar con él ningún convenio;
y ni aún siquiera tuvo una entrevista.
¡Esto contrista mi alma hasta el extremo!
La negativa en aceptar mis pactos
de Nicaragua el Director Supremo
paraliza mi plan y se retarda
el día venturoso que deseo.
Si Nicaragua, deponiendo el odio
que á mis principios tiene, entrara en ellos,
mucho se adelantara. Es ese Estado
de los de Centro América el primero
que debe prosperar. En la apertura
de su canal oceánico yo veo
las inmensas ventajas que reporta;
ya por su industria y por su activo genio,
por la viveza de sus habitantes,
por la feracidad de su terreno
y porque la natura le ha llamado
á ser feliz brindándole los medios
de prosperar; mas sin nación no hay nada,
no hay quien tome interés en promoverlo.
Y entretanto ya fija sus miradas
sobre sus costas ¡ay! el extranjero
que un instante no cesa en acecharnos.

(Con tristeza.)

¡Fatal desgracia! ¡Triste desconsuelo!...

SARAVIA

Pero esa idea á mí no me acobarda.
Como del Centro todos los gobiernos

se han coligado ya contra nosotros;
es muy justo recelen acogernos
Sin anuencia de todos... Otra cosa
también hay en el caso. Los proyectos
vuestros ignoran, y por tanto os niegan
por esta vez su expreso asentimiento.
Cuando se desengañen, me parece
que vuestro plan adoptarán sinceros.
Lo que á mí me aflige y desconsuela
es de este Estado el cierto descontento;
eso sí que destruye mi esperanza
y me abate.

MORAZÁN

Eso no; ¿visteis al pueblo,
cuando á romper venimos sus cadenas,
embriagado de gozo hasta el exceso,
llenando el aire con alegres vivas,
pintando en sus semblantes el contento,
y maldiciendo la fatal memoria
de su tirano y su anonadamiento?
Este pueblo es muy libre.

SARAVIA

Y muy voluble;
mi dicho lo acreditan sus esfuerzos
por restaurar el yugo, y lo confirman
sus nuevas tentativas; yo presiento
una horrible catástrofe.

DE EL SALVADOR

ESCENA SÉPTIMA

Los Dichos y VILLASEÑOR.

MORAZÁN

¿Qué ha habido?
¿ sigue acaso el motín y el movimiento?

VILLASEÑOR

Está ya preso el cabecilla. El monstruo
(Sentándose.)
de traición y maldad... Oficial nuestro...
Es el caudillo el mismo que avisara
haberle los malvados descubierto
el plan de asalto y ofrecerle el mando
de la fatal empresa, y él fingiendo
fidelidad con dobles intenciones
os avisó y aún os pidió consejos.
Vos creíste su falsía y le mandasteis
aceptara y fingiera ser con ellos
y que de todo os diera parte. Él quiso,
á modo de ficción, llevar á efecto
la ejecución del plan; pero de veras
lo ejecutara, si un feliz suceso
no frustrara sus pérfidas ideas.
Se le tomó in fraganti y en un puesto

que fué su peor testigo, entre la casa
del enemigo nuestro más acérrimo;
con gente armada y ya dispuesto á todo.
Lo sorprendimos; titubeó, perplejo
no hallaba qué decir; pálido el rostro,
el cuerpo tembloroso y sin sosiego...
Ya queda en la prisión.

MORAZÁN

¡Traición horrible!
Que se le juzgue y haya un escarmiento.

SARAVIA

¡Y no querías creerlo!... entre traidores
vivimos todos cada instante expuestos.

MORAZÁN

Decís verdad; pero no más piedades,
que nunca mueven los indignos pechos.

VILLASEÑOR

Quiero dictar las órdenes precisas
para que nadie escape.

MORAZÁN

Os recomiendo
orden y disciplina en nuestra tropa:

DE EL SALVADOR

que no se veje á nadie y que severo
se castigue al que falte aun levemente.

VILLASEÑOR

En nada abrá desorden, lo prometo.
(Vase.)

ESCENA OCTAVA

Los Dichos, menos VILLASEÑOR.

MORAZÁN

¿ Qué accordó la Asamblea en el reclamo
del Almirante inglés, sobre el adeudo
de este gobierno al súbdito británico?

SARAVIA

Lo que se ha contestado hace algún tiempo,
depositar la suma que se cobra
en manos que merezcan su concepto,
ínterin que la deuda se liquida;
porque bien puede ser íntegro y recto
el reclamante; mas su solo dicho
no es suficiente prueba.

MORAZÁN

Por supuesto.
Contestad eso mismo al almirante,
y dejen de amenazas y bloqueos;
que el Derecho de gentes desconoce
tan bruscos procederes y manejos;
y solamente puede autorizarlos
la desunión en que se mira el Centro.
He aquí el motivo que me mueve, amigo,
á procurar de esta nación los fueros,
y he aquí las obras de esos nobles pillos
por derrocar el nacional gobierno:
cada instante se palpa la precisa
necesidad de unirlos en un cuerpo
de nación; mas...

ESCENA NOVENA

Los Dichos, VILLASEÑOR y SAGET.

VILLASEÑOR

Señor, terribles nuevas...

(Siéntase.)

MORAZÁN

¿Qué ha sucedido? ¿Se ha movido el pueblo?

SAGET

No es ya el pueblo, señor, otra noticia
más importante...

(Siéntase.)

MORAZÁN

¿Se ha tomado el puerto
el Almirante inglés?

VILLASEÑOR

Peor todavía:
Rivas, el General, ha sido muerto.

MORAZÁN (en actitud de sorpresa y espanto).

¿Y qué accidente le quitó la vida?
Hablad, por Dios, que el crudo sentimiento
me acaba ya...

VILLASEÑOR

Señor, oíd, os suplico.
El coronel Ángel Molina, siendo
comandante en Bagaces, adoraba
á una joven sin fe; ella le amaba
y le ofreció su mano en himeneo;
mas luego retractando su palabra,
á su amante infundió rabiosos celos.
Éste convida algunos sus amigos
y se roba la joven al silencio
de una lóbrega noche... Ella se escapa,
porque su hermano tuvo un fuerte encuentro
con el raptor; y Rivas, noticioso,

manda prender los cómplices del hecho.
Reunió Molina veintidós soldados,
á Guanacaste penetró con ellos,
Y como él fuera el general, poco antes
de todo aquel fatal departamento,
y Rivas por su grado sucedióle
quedando ya Molina subalterno;
celoso de la joven porque creía
que amaba á Rivas, de furor poseído,
de celos y de envidia enajenado,
al querer Rivas preguntar qué objeto
le obligaba á llegar con tropa armada...
¡ Oh, suceso fatal !

(Se enjuga los ojos.)

¡ Infame pueblo !

MORAZÁN (más espantado).

¿ Qué se alarmó también? Seguid, amigo.
Dí, general Saget, ¿ se alarmó el pueblo?

SAGET

No se alarmó, señor; Rivas pregunta
el ¿ quién vive? al tumulto, y respondiendo
Molina: Nicaragua, una descarga
le hace también, y Rivas defendiendo
su propia vida, atravesó su espada
la caña de la mano y brazo diestro
á Molina: manda éste asesinarle,
y aun con cuatro balazos, Rivas diestro

se defendía ; mas catorce heridas
que recibió después... ¡ oh, sentimiento ! (Se enjuga.)
(Quedan todos inmóviles, y después sigue.)
Molina, General se ha proclamado
y aun se lo ha consentido infame el pueblo.
Os pide garantías por su crimen,
ó que se sostendrá dice este pliego.
(Poniéndo el pliego en la mesa.)

MORAZÁN (con furor y sorpresa).

¿ Rivas murió ? ¿ Molina su asesino ?
¿ Y pide garantías ? ¿ Será cierto ?
(Siempre con suma admiración.)
No... no lo creo, amigos... ¿ quién lo ha visto ?

SAGET

El mismo conductor de aqueste pliego
nos ha pintado el cruento asesinato.

MORAZÁN

Y ¿ cómo pudo consentirlo el pueblo ?
No lo creo aún...

SARAVIA

Señor, ésta es la firma
del asesino...

MORAZÁN (viendo el pliego).

¿ Y vive, el monstruo horrendo ?...
¿ Garantías reclama ?... ¡ Ah ! la muerte

es su mejor garante, y el infierno
solo podrá librarle de mis iras...
¡ Perecerá el infame !... En el momento
haced, Villaseñor, que todo el cuadro
de oficiales y más cien calvareños
del Salvador se apresten á la marcha
á dar las garantías al perverso...
que Saget los comande, y que Cabañas
en Alajuela aguarde otro refuerzo
de infantería, y ambos generales
vayan á castigar crimen tan negro.

VILLASEÑOR

Voy á dictar mis órdenes al caso.

(Se para.)

MORAZÁN (á Saget).

Confío en vuestro activo genio ;
que el criminal tan solo se escarmiente,
y que no sufra vejación el pueblo,
aunque tan friamente ha permitido
ejecutar asesinatos.

SAGET

De eso
no hay cuidado, señor, parto al instante.

(Vase.)

ESCENA DÉCIMA

Los DICHOS, menos VILLASEÑOR y SAGET.

MORAZÁN (después de estar un rato pensativo y con despecho paseando por la escena).

No lo creo aún... amigo, no lo creo...
Bien puede ser estratagema urdida
por nuestros enemigos encubiertos,
para que se divida nuestra tropa
y asegurar mejor otro proyecto
de asalto, y esto más probable se hace
cuanto que ya hemos visto sus intentos.
Que no salga la fuerza...

SARAVIA

Es necesario
que os persuadáis; señor, el hecho es cierto...
La firma de su autor, el amor fuerte
que á la joven tenía, su himeneo
burlado, la ojeriza siempre oculta
á Rivas por quedar subalterno,
su celo, todo en fin nos lo confirman...

MORAZÁN (con ternura).

¿Mas por causas que sólo entre los pechos
de salvajes pudieran anidarse

haber asesinado aquel guerrero?
Un hombre, cuyo genio siempre humilde,
siempre apacible y siempre placentero,
un héroe tan valiente, tan honrado,
en sus deberes íntegro y experto:
un hombre, en fin, humano, generoso. .
¡Ah! inaudita maldad, mas yo protesto
(Con furor.)
que será bien vengado, y que su muerte
será un motivo para que en mi pecho
reine el encono que jamás pudiera
por otra causa hallar asilo. El cielo
vengador justo de los buenos hombres,
ese cielo divino y justiciero
tronará, y en su enojo el mundo todo
temblará pavoroso. El Ser Supremo
descargando sus rayos vengadores
en la cabeza vil de los perversos
asesinos de Rivas indignado
sumergirá sus almas al averno

(Cae el telón.)

DE EL SALVADOR

ACTO SEGUNDO

El teatro representa un salón de la comandancia del Puerto, medianamente decorado con una mesa y recado de escribir y algunas sillas, etc., y un anteojo de larga vista colgado.

ESCENA PRIMERA

SAGET, sentado, y MILLA de pie.

SAGET

Señor Teniente Coronel, sentaos,
á lo que os diga y voy á instruír, ten cuenta.
Yo mando en la orden general del día,
como ya lo sabréis, que deis la vela
hacia el puerto primero y más seguro
del Guanacaste, y pues que la marea
y del estero el viento favorable
va á comenzar, la expedición apresta.
Ocho oficiales llevaréis; con ellos
tomad alguna embarcación ligera;
se os dará el dinero suficiente

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

para su sostención, y cuanto ordenan
las instrucciones reservadas, cumple.
Necesario es guardar mucha cautela,
orden y vigilancia. Sagazmente
averiguad con la mayor modestia
del triste general Enrique Rivas
el cruento asesinato, y con reserva
dad orden de prender á los culpables.
Todo requiere prontitud extrema.
Y en cuantas dudas se os ocurran, siempre
mis instrucciones consultad. En ellas
encontraréis los medios necesarios
para obrar con acuerdo y entereza.
Yo quedo esperando órdenes; muy pronto
con mi tropa también me haré á la vela,
para el punto que á mí se me designe.
Os diré cuanto ocurra; estad alerta;
aguardad vos las mías, y ni un punto
os separéis de lo que mande en ellas.
Ve, pues, pedid el bote y que se apere
de agua y abasto y que el embarque sea
cuando la virazón comience y suba
el nicoyano estero.

MILLA

Mi obediencia
fielmente cumplirá con eficacia
cuanto en las instrucciones se me ordena.

ESCENA SEGUNDA

Los DICHOS y CORDERO.

CORDERO (haciendo una pequeña cortesía).

¿Qué aguardamos? el tiempo es favorable,
el cielo está sereno, y la marea
que hace algunos minutos ha empezado
sube lo necesario. En la presteza
consiste de las cosas el buen éxito
de la variable militar carrera.

SAGET

Idos pronto, y que os conduzca el cielo.

MILLA

Señores, con permiso.

(Vase.)

ESCENA TERCERA

Los DICHOS, menos MILLA.

SAGET

Contingencias
acaecen en el mundo, que en las cosas

suelen tener muy poderosa influencia.

(Con ira.)

Ese fatal, terrible asesinato
de nuestro compañero, esa clemencia
con que ha tratado el general los viles
esclavos de Carrillo. Esa insolencia
en repetir sus bruscas tentativas;
Esta separación de nuestra fuerza;
ese indultar continuo, y tantas cosas
que acaecen diariamente me consternan,
me disgustan, resienten.

CORDERO

Y me enojan,
y me llenan de rabia. Mis ideas
jamás propenden al rigor, mas quiero
se castigue el delito cual merezca.
Las leyes militares son muy rígidas,
pero coartan el mal desque se muestra.
Cada delito, cada leve falta,
lleva bien señalada ya su pena,
y es bien sabido que en las Ordenanzas
quien sedición ó algún motín intenta,
la pena es pasarlo por las armas.
Las Ordenanzas rigen nuestra fuerza
y sin embargo ya van tres facciones
que contra nuestras armas se fermentan;
más de sesenta reos motineros
que más de tres indultos los alientan
á continuar sus sediciosas miras,
así nunca acabamos estas faenas:
prenderlos é indultarlos todo es uno...

DE EL SALVADOR

SAGET

El mundo así jamás se regenera.
Es perder á los buenos, perdonando
á los malos, que jamás se enmiendan.
Increíble es la perfidia de esos monstruos,
los más infames que ese sol calienta.
Un pueblo que yacía sojuzgado
arrastrando sus bárbaras cadenas ;
á quien era prohibido el lamentarse ;
que vivía sumido en triste mengua,
que sufría unas leyes ominosas ;
juguete del capricho del más déspota ;
que penetraba en el hogar doméstico
con sus desatinadas providencias;
un pueblo, en fin, esclavo y miserable,
que jamás su vil yugo sacudiera,
si á romperlo no hubiésemos venido,
sufriendo mil disgustos y mil penas...
(Con suma admiración.)
¡¡¡ Aborrecer á sus libertadores !!!

CORDERO

Y cometiendo doble la vileza
de unirse aquellos mismos que apetecen
al yugo uncirlos con mayor dureza.
Ese sí que es insecundable ejemplo
digno de compasión. Nunca esa afrenta
de la Guinea manchará la historia,
que á otros esclavos causará vergüenza.

ESCENA CUARTA

Los Dichos y un Ayudante.

AYUDANTE (quintándose el gorro, á Saget).

Señor, se mira un buque en la Bocana.

SAGET

A ver, pues, el anteojo.

(El Oficial va á descolgarlo adonde se le señala. El Oficial da el anteojo á Saget; se acercan á los bastidores, el Oficial, atrás. Saget le saca y mira.)

CORDERO

Con presteza.

SAGET

Es *El Cosmopolita*. Pardo viene
ya de su comisión.

(Dando el anteojo á Cordero.)

CORDERO

Y á toda vela.

(Con pausa.)

Y parece que trae mucha gente.

SAGET

Es la tripulación.

CORDERO

¡ Qué bien navega !

(Tomando el anteojo, con sonrisa burlesca míralo y ciérralo pronto.)

SAGET

Es buen buque el de Mr. D. Iriarte,
de mala construcción, pero la pega.
Dejemos que se acerque. Está muy bueno,
avisen de cualquier buque que venga.

(Al Oficial dándole el anteojo que vuelve á ponerlo en su lugar.)

¡ Pues es triste la suerte de la patria !
Y mientras tanto sigue la nobleza
(tomando por motivo nuestras armas)
sembrando la discordia por do quiera.
Un buen pretexto tiene ya, y los pueblos
se dejan engañar con imprudencia.
No advierten que los males de la patria
ella los causa y los repite cruenta.

CORDERO

Me irrita de esos nobles la perfidia,
la ceguedad estúpida del pueblo
y la suerte futura de la patria.

(Con energía.)

De esta adorada patria, me atormenta,
los avances ingleses en las costas
del Norte y nuestra desunión interna.

(Con desenfado.)

Pero en fin, veremos qué resulta...

SAGET

Nada bueno por cierto, la protervia,
que la bondad pudo más siempre, y vemos
de este fatal destino la certeza.

ESCENA QUINTA

Los Dichos y el Oficial.

OFICIAL (quitándose el gorro, á Saget).

Ha fondeado ya el buque.

SAGET

Pues iremos
(Para á Jose.)
al reconocimiento.
(A Cordero.)
Yo quisiera
me esperaseis aquí un breve rato.

CORDERO

Con mucho gusto, id enhorabuena.
(Vase Saget y el Oficial.)

ESCENA SEXTA

CORDERO, solo, paseándose.

¡ Difícil situación ! ¡ Patria querida,
que llenas mi alma de mortal tristeza !
¿ Cuándo será ese día venturoso
en que mis ojos plácidos te vean
poderosa ostentar todos los timbres
de la industria, las artes y las ciencias ?
¿ Contener los avances extranjeros,
gozar en paz de todas las riquezas
que nuestro fértil suelo te produce ?

(Con energía.)

Sí, llegará este día, ojalá sea ;
puedan mirar su luz aunque postrera
para mi vida. Esta esperanza sola
reanima mi infeliz cruel existencia.

(Pausa.)

ESCENA SÉPTIMA

EL MISMO y EL OFICIAL.

OFICIAL

Señor, se dice que unos extranjeros

que en este mismo puerto se aposentan,
premeditan tomarse nuestras naves.

CORDERO

Tomad un bote presto y esa nueva
al general Saget llevadla. (Alterado.)

OFICIAL

Parto, mi General, á bordo.

CORDERO

Y que se venga,
decidle al General, mientras yo quedo
dictando en este asunto providencias.
Llamadme otro ayudante.

OFICIAL

Sí, señor. (Vase.)

ESCENA OCTAVA

CORDERO, solo, y luego EL OFICIAL.

CORDERO

Es imposible ya tener paciencia.
Esto es insoportable, cada día
(Queda pensativo.

nuevos motines y traiciones nuevas. (Pausa larga.)
(Levantándose con furor.)
Las desgracias á un tiempo aglomeradas
caen sobre nosotros, y la fuerza
del destino más dura y más terrible
nos arrastra á un abismo. Pronto, llega.
(Viendo venir al Ayudante á quien llamó.)
Ve á investigar, sagaz y cauteloso,
entre esos comerciantes, la certeza
de ese asalto, que dicen, á las naves.
Hablad con ellos con indiferencia,
como quien ya su plan ha penetrado :
observad los semblantes que presentan,
y recorred las expresiones todas
que de sus planes den alguna idea.
Id, pues.

OFICIAL

Lo haré con el mayor sigilo,
que mi entender y mi prudencia puedan.
(Vase por una puerta, y por otra entra Saget.)

ESCENA NOVENA

CORDERO y SAGET.

CORDERO

Pronto vinisteis, General.

DE EL SALVADOR

SAGET

Bogaba
hacia la nave cuando un bote llega
y me noticia el Ayudante. Juro
(Pone el gorro con furia.)
que al que en mis manos tome, saldrá de ellas
al cadalso sin duda... Es un delito
inaudito y atroz... La ley condena á muerte
al criminal, y con las leyes
cumplir hemos jurado... Faltar á ellas
sería otro delito; y en tal caso
el criminal, según la ley, perezca.

CORDERO

He dado ya mis órdenes; muy pronto
sabremos la verdad. También es fuerza
mandar seguir información sobre esto.
Voy yo mismo á ordenarlo.

SAGET

Y que se tengan
todos los botes, lanchas y piraguas,
falúas y chalupas, aquí cerca,
y los bongos y esquifes; que los guarde
con mucha vigilancia un centinela.
Este es el paso principal, veremos
con qué á tomarse nuestros buques llegan.

CORDERO

Voy al punto á que todo se ejecute.
(Vase.)

DE EL SALVADOR

ESCENA DÉCIMA

SAGET, solo.

¡Qué hado fatal! ¡qué rigurosa estrella
presidirá la suerte de la patria!
(Con tristeza.)
Cuando mil esperanzas halagüeñas
de regentación de paz y de orden
me prometía y cuando pareciera
reanimarse otra vez en la República
el principio vital, mortales señas
manifiesta do quier. ¡Ni un intervalo
de calma ni de bien tiene esta América!
Sus fieles hijos su esplendor procuran:
y tan sólo varían en la senda
que hacia la gloria debe conducirlos.
Empero, tienen intenciones rectas,
y que reunidos todos la descubran
y salven los escollos sólo resta...
(Con impaciencia.)
Esa nobleza vil que en todos tiempos
á este país ha causado mil miserias,
insensible á su ruina, siempre ufana
en procurarle el mal: contraria eterna
del civismo, jamás omite medios
de consumar sus bárbaras ideas,
de mantener al pueblo en la discordia

para atarle algún día las cadenas
de negra esclavitud. Empero, juro
(Con energía.)
que mientras gire el sol por esa esfera,
no logrará su plan de enseñorearse
de mi patria adoptiva. Sus cabezas
caerán primero y con su hedionda sangre
regarán esos campos, y tal riega
producirá las venenosas plantas,
las ásperas ortigas y malezas,
do habitarán tan sólo las serpientes,
y animales mortíferos... La eterna
llama de patrio fuego que en los pechos
de los ínclitos hijos de esta América,
en todos los Estados arde pura;
esa llama divina en que se incendia
tambien el mío, en el altar sagrado
de libertad, renacerá más bella.
É inflamando las almas generosas
de los buenos patriotas, la protervia,
de esa nobleza infame consumiendo
y sepultando al bárbaro las teas
de la fatal discordia, un grato día
darán la paz á la América Central.
¡Ah, qué idea tan dulce y seductora!
¡Qué esperanza tan grata y lisonjera!
¡Pueda algún día verte realizada!
(Pausa y música breve.)

ESCENA ONCE

SAGET, CORDERO.

SAGET

¿Qué nueva traes, General amigo?

CORDERO

Que la justicia su castigo clama
y esto á los reos solamente resta. (Sentándose.)

SAGET

Pues qué ¿tan brevemente los hubisteis?
¿qué ha ocasionado tanta ligereza?

CORDERO

El infiel que trajo el Ayudante,
y el sumario seguido prestan pruebas
más que legales, y al instante mismo
de haberlos leído, para que los prendan
dí la orden necesaria. Un italiano
de apellido Jordain, es el cabeza
y promotor del plan, un dependiente
del español Giralt, y otros secuaces,
son los que hasta hoy se han descubierto, suenan
voces de que hay á bordo un reo, Mora,

(de la asonada que hubo allá en Heredia)
quien no sé de qué modo y por qué medios
de la *Libertadora* haría la entrega.
Y este otro bergantín, el *Orbegosa*,
ha fondeado en la rada con la idea
de auxiliar el asalto; mas cortado
está todo el proyecto.

SAGET

Que los metan
á todos en un bongo y que los boten
en la isla de San Lucas, con presteza
antes que el puerto infesten. ¡Ayudante!
(Llamando en voz alta.)

ESCENA DOCE

Los Dichos y el Ayudante.

AYUDANTE

Mande mi General.

SAGET

Un bongo apresta,
y que una escolta á la isla de San Lucas
lleve todos los reos; ligereza
os recomiendo en todo.

AYUDANTE

Con permiso.
(Vase.)

ESCENA TRECE

Los Dichos, menos el Ayudante.

SAGET

Los malvados jamás tienen enmienda
y hay tantos en el mundo que al sentirlos
(Con sonrisa.)
el averno también se estremeciera.
Todo está quieto ya, según entiendo;
de aquí á un instante ocurrirá otra nueva,
porque la suerte en mi entender procura
el que vivamos, sí, bajo su férula.

ESCENA CATORCE

Los Dichos y otro Ayudante.

AYUDANTE

Un oficial, señor, con una escolta
hacia este puerto en este instante llega.
Trae dos prisioneros, y uno de ellos
el coronel Ángel Molina...

SAGET

Vuela,

que separados queden en prisiones,
con guardia doble y con los centinelas
necesarios. Que vaya á los cuarteles,
ó al principal, ínterin se contesta,
á descansar la escolta, y que los pliegos
que el oficial conduzca, lo que sea,
(Se va el Ayudante.)
os lo entregue y volvéis.
(Pausa.)

ESCENA QUINCE

Los Dichos, menos el Oficial.

CORDERO

¡Cambióse el cuadro!

SAGET

Ahora me aflige una muy triste idea.
El padre honrado de este tierno joven,
anciano venerable cuyas prendas
y elevado talento le distinguen;
que muchos infortunios padeciera
por nuestra santa causa y le ha prestado
importantes servicios, desde la era
en que por los esfuerzos de otros muchos
la patria conquistó su independencia;

DE EL SALVADOR

ese anciano, repito, respetable,
habrá sufrido una mortal afrenta
por el crimen del hijo y fea mancha
que echó sobre su nombre.

CORDERO

La imprudencia
de los hijos arruina á muchos padres,
sin que en sus hechos leve parte tengan.
Los ejemplos son muchos que acreditan
esta triste verdad, mas fuera inmensa
la multitud de malos, si las leyes,
considerando á un padre consintieran
la impunidad del hijo delincuente.
No habría sociedad y todo fuera
matanza y exterminio, ¡ay de los hombres!
¡Qué vida pasarían tan expuesta!
Espinosa, un general tan sabio,
mil veces explicó con elocuencia
el literal sentido de las leyes,
esa es su principal sublime ciencia
y entre los criminales agriamente
al asesino es á quien más detesta.
¡Quitar la vida á otro hombre! ¡Qué delito
tan digno de las penas más severas!
Con su brillante estilo califica
al asesino por terrible fiera
destructora y voraz, de la que el hombre
debiera huír cual de una cruda hiena.
En los grados, explica sabiamente
de los delitos y condignas penas.

Y este es un crimen tal que en todas partes
á su autor á morir se le condena,
á más de que las leyes militares
ningún refugio al asesino dejan.
Hay muchas circunstancias reagravantes :
asesinar á un jefe es una de ellas,
sublevarse contra él y proclamarse
por general, ó que hace resistencia.
El asesino, no señor, no debe
vivir entre los hombres ; es clemencia
arrancarle una vida perniciosa
para que el hombre honrado vivir pueda.
Retirado, cual veis, en su aposento,
sin que á esas playas asomarse quiera
ni á las conversaciones que tenemos,
continuamente estudia y muy de veras
cuanto Espinosa dice premedita.
Y no halla un solo caso que le absuelva,
ni un solo autor que en su favor alegue.
Si el mismo padre le juzgara, diera,
siendo parcial, su parecer á muerte.

SAGET

Y yo convengo, porque la clemencia
que al malo se le tiene, perjudica
y alarma, sí, la sociedad entera.
Las leyes le condenan sabiamente;
pero lo que yo digo es que me pesa
que ese hijo infame cause á un buen padre
baldón tan grande, tan atroz afrenta.

ESCENA DIEZ Y SEIS

Los Dichos y el Ayudante.

AYUDANTE

Todo se ha ejecutado cual mandasteis.
Los pliegos aquí están.

(Entrega un paquete que abre Saget y uno como sumario y una comunicación que lee en silencio. El Ayudante estará en pie, retirado, y pausa.)

SAGET (á Cordero y con el sumario en la mano).

Él lo confiesa,
no ha negado su crimen, y las leyes
irremediablemente le condenan.

(Dando el sumario á Cordero que lee.)

(Al Ayudante.)

¿Y no habéis preguntado de qué modo
lograron aprehenderlo?

AYUDANTE

La estrategia,
según el conductor ha referido,
ha sido muy sagaz. El pueblo que era
consentidor del crimen, se acobarda,
teme un justo castigo, y delibera
el modo de evitarlo. Se conviene

entre algunas personas la manera
de conseguirlo. Ponen un sarao
á Guerrero y Borbón, con preferencia
convídanles por cómplices del hecho;
ellos asisten, suena ya la orquesta.
Después de algunos bailes y tocatas
de varias cosas con placer conversan.
Llaman luego á Guerrero hacia otro cuarto,
para brindarle, quien concurre y entra;
y estando separado de sus armas
las toman otros y al instante cercan,
con la prontitud del rayo amarran
á él y á Borbón; conclúyese la fiesta,
y con una señal ya convenida,
prenden en su morada, do estuviera
Molina enfermo de su herida. Mandan
á éste y Borbón al punto, y con presteza
fusilan á Guerrero, á quien temían
por su valor, ó su alma tan perversa.
Así todo pasó.

CORDERO (á Saget).

Pues ya debemos
el Consejo reunir, y que éste vea
lo que deberá hacerse de los reos.

SAGET (llamando al Ayudante).

Escribid la orden, y poned en ella
los generales y los coroneles
que deben componerlo, y éstos sean:

DEL SALVADOR

yo como presidente, y generales,
Espinosa y Cordero. Que se vean
en el escalafón los coroneles
Bonilla y Orellana, y los que deban
por el orden seguirles. Que concurran
el cuadro de oficiales.

(Escribe, y pausa.)

Ya está pues.

(Se para, y Saget la firma.)

(Al Ayudante.)

Ved á comunicarla en el momento,
que el defensor extienda la defensa

(Dando el sumario al Ayudante.)

lo más pronto posible.

AYUDANTE

Marcho pronto.

(Vase. Pausa.)

ESCENA DIEZ Y SIETE

Los Mismos, menos el Ayudante.

SAGET

Pardo debe marchar, porque es de urgencia,
y antes que el alba rompa, es necesario
que de su comisión vaya á dar cuenta.

DE EL SALVADOR

CORDERO

¿Y qué dice de nuevo?

SAGET

No llevaba
orden de desembarque. — No hay más nuevas
que las que aquí tenemos diariamente.

(Se oye tocar orden general con una corneta, la que se repite por un tambor. — En voz alta.)

Un Ayudante aquí. Haced que venga
Molina y quede en tanto se le llame
en el Consejo que los centinelas
y otro Ayudante ó vos sobre él vigilen.

(Vase el Ayudante. — Después de una pausa.)

El que manda un instante no sosiega,
hay tantas cosas que arreglar, y tantas
son hoy las atenciones que nos cercan
que ya no sé por do empezar. Fortuna
para nosotros es la gran presencia
del sapiente Espinosa, cuyo ingenio
penetrados nos saca de tinieblas.
Fuerte en la lid y sabio en los consejos,
él preside elocuente la academia
militar, y afable, sí, y blando siempre
fácil explica y la Ordenanza enseña...
Hay que alistar las naves; la fragata
es necesario que se saque fuera
del estero, las lanchas y los botes,
deben calafatearse; hacer las tiendas

para campaña; abastecer los buques;
pasar revista á bordo y aquí en tierra;
disciplinar la tropa; y otras cosas
importantes también; todo de urgencia.

CORDERO

Saliendo del Consejo dispondremos
lo que se debe hacer en la materia,
vos como general de la vanguardia,
yo como comandante de las fuerzas
del puerto y litoral del sur, entrambos
algo que hacer tenemos.

SAGET

Me molesta
que ninguna noticia haya venido
ya de la Capital, y yo quisiera
saber la causa de este gran silencio,
orden ninguna ni instrucción me llega.
Todo se halla en la calma de un sepulcro;
y no sé qué expresiones por ahí ruedan
que son el resultado de la duda
en que existimos, aunque bien siniestras.
Destacados están en el camino
oficiales y tropa, y cuando llega
algún pliego á sus manos al momento
le hacen pasar, y de este modo vuelan.
Mas hace ya tres días que ninguna
noticia tengo, pero haré que venga.

DE EL SALVADOR

Voy á mandar dos jefes que averiguen
en qué está la demora que se observa.
Solórzano, Avilés, son aparentes:
ellos nos han de traer razones ciertas.
Fuentes, que está en Esparza, nada dice;
Piche allá en San Mateo, ni se suena.

(Se oye ruido y entran los Ayudantes por la derecha.)

Pinzón en la garita, en fin, se ignora,
y es preciso saber... Mas ya se acercan.
¿Ya viene el reo?

ESCENA DIEZ Y OCHO

Los Dichos y los Ayudantes.

UN AYUDANTE

Sí, señor, ya viene.

SAGET (á Cordero).

Vamos, amigo, que el Consejo espera,
venid también.

(A un Ayundante, y se van por la puerta izquierda.)

ESCENA DIEZ Y NUEVE

El Ayudante, el Reo con lo mano derecha suspendida por un pañuelo que cuelga del cuello.

(Los centinelas se colocan, y el reo se sienta y calla un rato. El Ayudante toma un asiento.)

MOLINA (después de una pausa, con voz lánguida).

He aquí los resultados
de un loco amor y de la inexperiencia...
Los celos y la envidia (ahora lo veo)
sólo producen males... Mi imprudencia
me llevará al sepulcro ciertamente...
no hay una sola ley que me defienda...
Pero ¿qué ley podría defenderme?...
Asesiné á un mi jefe, con soberbia
reclamé garantías... resistíme...
Traicioné, lo confieso, á mis banderas...
Está hecho el mal, pagarle es necesario...
¡Beldad infame!... Ved á do me lleva
tu inconstancia y mi amor... Mas no, yo solo,
solo yo soy la causa... ¿Tú que eras
sino mujer? y falsa por lo mismo
hiciste tu deber... Haberte... ¡Oh, necia,
espantosa pasión! Haberte creído...
Ese es mi mayor crimen... No me arredra

el suplicio, no, no...

(Música triste y larga. Pausa, y queda pensativo con la mano izquierda en la frente.)

Fatal instante,
pronto llegad... La vida me molesta,
asesinatos... muertes... y tormentos
sólo respira mi alma...

ESCENA VEINTE

LOS DICHOS y OTRO AYUDANTE.

AYUDANTE (á Molina).

Ya os espera
el Consejo. Llevadle, en el instante.

(Á los guardias. Los guardias cercan al reo y le conducen por la puerta izquierda. El oficial vuelve á entrar.)

ESCENA VEINTIUNA

AYUDANTE solo, viéndole ir.

Es cosa triste y dura, mas la enmienda
también es necesaria. ¿Quién no mira
á un hombre en el cadalso sin que se sienta

horror y compasión? Mas ¿quién deseara
quitarle del suplicio si pudiera,
sabiendo que su vida peligrosa
causaría mil males? Nadie hubiera
que tal cosa intentase ¡Ah! ¡la memoria
de la muerte de Rivas es muy tierna!
Hombre amable, modesto, cariñoso,
honrado y sin mancilla en su carrera.
Nunca en su pecho penetró el encono,
ni la ambición, ni envidia conociera
su alma virtuosa. No habrá un ser tan solo
que no su asesinato compadezca.
Ha faltado á la patria un fiel soldado,
un defensor valiente á sus banderas.
Su triste viuda, sus pequeños hijos
perecerán tal vez en la indigencia;
les faltó el dulce apoyo de su infancia
un padre amante y dulce; su inocencia,
á los embates del corrupto mundo
á cada paso ¡oh, Dios! se verá expuesta.
¿Quién por salvarla velará? La madre
en la viudez ¿qué hará por sostenerla?
¡Funesta suerte! ¡Desgraciados hijos!

(Breve pausa.)

Pero no desconfiéis, que la clemencia
cuidará de vosotros, sí, la mano
del Ser sublime que en el solio impera
ha de guiar vuestros pasos vacilantes.
Llegará un día en que la patria os vea
como madre piadosa. Cuando cese
el influjo feroz de la nobleza,
de vuestro padre el nombre venerado

y apreciado será sin que ella quiera...
(Pausa.)
El Consejo se encuentra ya reunido
y la suerte del reo delibera;
poca penetración se necesita
para poder adivinarla, expresa
la Ordenanza señala ya el castigo
á esa clase de crímenes.

ESCENA VEINTIDÓS

DICHO, EL REO y LA ESCOLTA y OTRO AYUDANTE.

(Éste hace seña al otro y dice aparte.)

AYUDANTE

Ten cuenta
de que nadie le insulte y le atropelle.
En plena libertad el reo queda.

(El otro interrumpiéndole con precipitación y susto.)

EL OTRO AYUDANTE

¡Cómo! ¿Por qué milagro? ¿Te chanceas?

AYUDANTE

Si me interrumpes... Libertad, la tiene.

EL OTRO

¿Qué dices? ¿Qué oigo? ¿Será cierto, amigo?

AYUDANTE

Para testar en quienes le convenga,
Por lo demás, doblad la vigilancia.

EL OTRO

Me habías ya causado gran sorpresa.
Así lo haré.

AYUDANTE

Yo vuelvo á oír la disputa.
(Vase.)

ESCENA VEINTITRÉS

DICHOS, EL REO como antes y muy pensativo.

(Música triste por cinco ó seis minutos.)

MOLINA (con languidez).

No me asusta la parca horrible y fiera...
ni me intimida nada en este lance...
lo único que me aflige y me atormenta
es no poder vengarme de esa falsa...
y llevar de traidor la mancha fea.
No me arrepiento del crimen... no... eso
agregarle sería la vergüenza

de cobarde... prefiero yo el sepulcro
á la súplica vil...

ESCENA VEINTICUATRO

Los Dichos y el Ayudante con un expediente en la mano.

AYUDANTE (lee).

Oíd la sentencia.
El Consejo de guerra de oficiales
generales, reunido en esta fecha
para juzgar al reo Ángel Molina,
por el asesinato que él confiesa,
en la persona del general Rivas,
y de haber traicionado á las banderas
que juró defender, cuyos delitos
agravados están por las horrendas
circunstancias que expresan estos autos,
y como el reo y defensor no alegan
nada que disminuya aquel delito,
pues al contrario, el reo le confiesa :
del juez fiscal oyendo el pedimento
y estando la Ordenanza, Reales Cédulas,
y las leyes del país muy terminantes,
condenarle debía y le condena
con plenitud de votos al suplicio.
Que se fusile al pie de la bandera.
como traidor por las espaldas (firman

los vocales aquí) ¿ha oído? — Besa.

(Besa la sentencia.)

Fírmala, pues.

MOLINA

No puedo, estoy herido.

AYUDANTE

Pues pondré la razón.

(Siéntase á escribir, y acabando, hace seña á la tropa para que lo conduzcan.)

Haced que venga
al cuarto de capilla.

(Le conducen por la puerta derecha.)

ESCENA VEINTICINCO

EL OTRO AYUDANTE solo, paseándose.

Era indudable,
y no podía ser de otra manera.
Su pobre padre. ¡Ah! ¡qué hijo tan infame!
qué angustia le ocasiona á la hora de ésta.

(Calla cuando dice *llamada*, y al concluír ésta sigue.)

Ya tocan la llamada ¡Este es el lance
más triste para un reo! Si no fuera
por el ruidoso horrísono aparato,
otra muerte no habrá más dulce que ésta;
pero esos toques el cabello erizan.

DE EL SALVADOR

ESCENA VEINTISÉIS

DICHO, SAGET y CORDERO sentándose.

(El Ayudante se para.)

SAGET

Nuestro deber hemos cumplido, resta
que Dios le juzque allá. Si la Ordenanza
en el cielo también creo rigiera
no habría apelación.

CORDERO

Mas nuestròs juicios,
en lo civil y criminal se arreglan
á las leyes comunes de aquí abajo.
En ella descargamos la conciencia.

SAGET

La mía está tranquila; los delitos
el mismo Dios su reprensión ordena.
Si quedaran impunes, mejor fuese
que á la vida salvaje se volviera
la sociedad; pero pues no es posible
cumplamos con las leyes que moderan
la saña del malvado.

CORDERO

En fin, yo advierto
que estos castigos todo el mundo aprueba,
menos los criminales porque temen
que con ellos igual cosa suceda.

SAGET (al Ayudante).

Venid, la orden poned, y que el servicio
á bordo de los buques y aquí en tierra
sea el acostumbrado; hoy es el jefe
de día el mayor señor Zepeda :
para mañana el mayor Mora. Que haya
una revista de armas muy extensa
esta tarde, después del ejercicio :
que la hora de él serán las tres y media.
Que Le Du, capitán de la fragata,
una lista presente en que refiera
los víveres que en ella necesite.
Que se fabriquen de campaña tiendas
en número de doce, y que D. Iriarte
mande sacar la lancha cañonera
para calafatearla. ¿Me entendéis?

AYUDANTE

Sí, señor, ya entendí, voy á ponerla.

(Siéntase á un lado de la mesa y escribe el tiempo proporcionado. Entre tanto ellos callan. Acabado de escribir se para y dice :)

Ya está, señor; venid, firmad.

SAGET

Muy bueno.
Ya se oye el bando, la hora ya se acerca.

(Toma la pluma y firma. Á este tiempo se oye el bando claramente que toca la banda y publica el mayor fuera de la escena : al rato se oye un redoble corto, y después una descarga, y luego tocan diana.)

¡Hora fatal al hombre delincuente!
¡Oh triste y tremebunda mensajera
(Pausa.)
de la muerte!... ¡Oh, lance pavoroso!...
Tocan redoble, hablar tal vez intenta...
Ya expiró. Descansa, ¡oh triste joven!...
descansa en paz... Este ejemplar debiera
ser de los asesinos el espejo.
Su crimen solamente los condena :
la patria defensores necesita,
no criminales. Quiere centinelas,
no pérfidos traidores; compañeros,
velemos todos por la ley suprema,
que es el bien de los hombres; sí, juremos
las leyes sostener con entereza.
Viva la santa patria, camaradas,
los criminales y asesinos mueran.

(Cae el telón.)

DE EL SALVADOR

ACTO TERCERO

El teatro representa el salón del cuartel sin decoración. La bandera estará suspendida á uno de los lados del salón, clavada su pica en una viga. Algunas armas arrimadas al rededor en orden y con sus correspondientes tahalíes y cartucheras colgando.

ESCENA PRIMERA

MORAZÁN, VILLASEÑOR, LAZO.

MORAZÁN

¿Está lista la tropa? ¿Á qué hora marcha?

LAZO

Dispuesta está para marchar y lista.

VILLASEÑOR

¿Ordenasteis que vaya en divisiones?

LAZO

Sí, señor, lo mandé; hoy sólo estriba
en que reciba el prest, su pronta marcha.
Han ido ya á sacarlo.

MORAZÁN

¿La revista
de armas se pasó ayer?

VILLASEÑOR

Sí, se ha pasado.

LAZO

Buen armamento es todo el que tenía
Carrillo para hacerse omnipotente;
mas no supo tirar muy bien sus líneas.
Le faltaba valor, séquito y hombres
de cálculo y vigor. Nunca sería
más que un pobre tirano despreciable.

VILLASEÑOR

Sí, pobre y despreciable, él oprimía
á todo un pueblo.

LAZO

Pueblo de cobardes.
Yo protesto, señor, que no lo haría
en ningún otro Estado, excepcionando

á Guatemala que es la humilde finca
de la nobleza y todos sus secuaces.

MORAZÁN

Claro es que no.

(Se oye gran vocería á lo lejos, y Morazán y Villaseñor se asoman por la derecha á observar por entre los bastidores.)

VILLASEÑOR

¿Qué es esa vocería?

MORAZÁN (incómodo, á Lazo.)

Pero ésc es un desorden, pelotones
forma la tropa y todo es gritería.
(Después de pausa.)
Id, arregladla, y guárdese silencio
y subordinación y disciplina.
(Con enfado.)

ESCENA SEGUNDA

Los Dichos, menos LAZO.

MORAZÁN (sentándose y después de una breve pausa).

En Puntarenas asaltar quisieron
los buques, y Saget me comunica

haberse castigado los autores
de tal maldad, botándolos á una isla :
muchos eran los cómplices, me dice.

VILLASEÑOR

Á mí también, señor, así me avisa.
Jordain era motor de plan tan negro.

MORAZÁN

He sentido la muerte de Molina
por el pesar que agobiará á su padre
y sus buenos hermanos.

VILLASEÑOR

Su perfidia
le condujo al sepulcro solamente,
fué confeso y convicto y no podría
de la muerte escapar...

MORAZÁN

Mas ¿qué alboroto?
¿Hay desorden mayor? ¿Qué lo motiva?
Ya se sosegarán, son milicianos
y reclutas los más, que en su partida
se despiden de todos sus amigos,
de sus paisanos. Esa vocería
y un susurro continuo que se escucha,
no es otra cosa. Aquellos que los miran

de lástima y tristeza acompañados,
marchar tan lejos sus adioses gritan.

(Pausa.)

Dentro de cuatro días está el puerto
lleno de gente armada y la marina
muy afanada en alistar sus naves.
El tiempo venturoso se aproxima
de que la patria un nacional gobierno
la represente al exterior muy digna.

ESCENA TERCERA

Los DICHOS y LAZO, que entra precipitadamente y como asustado, limpiándose el sudor del rostro.

LAZO

Señor, la tropa se halla sublevada
y en fatal desorden se amotina.
Se resiste á salir, y con las armas
que tiene ya en la mano se encamina
á atacar á los cuarteles. Ya Melara
en el alto apostó su compañía
é intenta repeler á los alzados
á fuego y á sangre.

VILLASEÑOR

No, eso sería

enardecerlos más; ¡que se contenga!

(Levantándose y yéndose. — Lazo se sienta. Á Morazán.

Voy á ver cómo calmo esa imprevista
revolución.

ESCENA CUARTA

Los Dichos, menos VILLASEÑOR.

MORAZÁN

Sin demostrar enojo
no quieren ir dejando sus familias.
Pero es interés propio, es necesario
que algo hagan por su patria natalicia.
Los valientes que me han acompañado,
han dejado sus casas, sus campiñas,
sus bienes. Sobre todo sus esposas,
sus tiernos hijos é inocentes hijas,
expuesto todo, y vienen de muy lejos
á destrozar el yugo que oprimía
á estos lejanos miserables pueblos.
¿Por qué éstos de su patria no apaciguan
los alborotos interiores, y hacen
el valor de salvarla de la ruina
á que sus mismos hijos la conducen?
Esa es punible y criminal desidia.
Cuando estaban esclavos no luchaban

por romper la cadena en que yacían.
Son libres ahora, gracias á nosotros,
y ellos coadyuvan á afianzar la digna
condición en que existían.

LAZO

Quizá quieren
que la fortuna todo lo decida
y ellos vivir sin exponerse á nada...

MORAZÁN

Ese motín alguno lo concita,
no es parto de la tropa solamente.
De esta ciudad y Heredia está reunida
la mayor parte de soldados, y éstos
por los informes que antes ya tenía,
no son muy amadores de su patria.

LAZO

Mas yo creía
fuesen agradecidos por lo menos.
Cuando fuí á reprimir la vocería
terrible fué el desorden que causaban.
Ni jefes ni soldados distinguía:
me acerqué, penetré, busqué á su jefe,
mas con un ceño torvo ya me miran;
les impongo silencio, no me atienden;
todos mandaban; nadie obedecía.

« No vamos. » « No salimos », se escuchaba,
« No vamos á los buques », repetían.
Otros aconsejaban : « Atacamos »...
En medio de esta inmensa gritería,
no pudiendo encontrar quien me escuchase,
dejo la turba y vuélvome, y no había
caminado cien pasos, cuando veo
que á este cuartel marchaban muy de prisa.
Los ve Melara ; manda que hagan alto,
y ellos entonces brevemente giran
hacia la casa de almacenes. Esto
es lo que he presenciado por mi vista.

MORAZÁN

¡Insensatos! No saben lo que hacen :
¡puede ser que les pese en algún día!
Su patria les acusa en este instante
de hijos rebeldes, llenos de perfidia.
El tribunal de la opinión juzgando
severo é imparcial su acción indigna,
de execración les cubrirá sus nombres.
(Pausa.)
Sí, sí; ¡de execración y de ignominia!
¡Qué infeliz fuera la doliente patria
si ella fundara su futura dicha
en esta clase de hijos tan infames!
Pero aun existen hombres todavía
que la aman tiernamente y que desean
dar en su obsequio sus preciosas vidas.
Esos serán sus hijos predilectos
dignos de tal renombre.

ESCENA QUINTA

Los Dichos y VILLASEÑOR.

VILLASEÑOR

Es infinita
la multitud de alzados, grandes grupos
por todas partes asomar se miran.
No atienden ya razón. Si con las armas
su infame rebelión no se castiga
crece más cada instante. El comandante
Juan Junque tiene ya la artillería
dispuesta á deshacerlos; ellos vienen
á este cuartel, sin duda se aproximan.

(Se oye fuego graneado que no cesará hasta el fin del acto. Será por cortos intervalos y se acercará á veces.)

MORAZÁN (á Villaseñor).

Quedaos, General, es necesario
que estéis aquí; lo conveniente dicta
para librar el parque de un incendio,
que las armas estén todas muy listas.
Yo voy ahora, en persona, á ver si puedo
el fuego contener.

(Vase.)

ESCENA SEXTA

Los Dichos, menos MORAZÁN.

VILLASEÑOR

Eso sería
obra de algún milagro, ya no es fácil
apagar el incendio que se atiza
por viles seductores. Yo conozco
este pueblo muy bien; si se le humilla,
cual lo hacía Carrillo, es muy sumiso,
jamás alzar la frente solicita,
pero si se le trata con blandura
se ensoberbece, imbécil, y se altiva.
Cuando arrastraba el vergonzoso yugo,
cuando sumido en la abyección yacía,
no se le oía gemir, no respiraba...
fusilaciones sin cesar se veían,
destierros, proscripciones, calabozos...
No se alteraba, todo era sonrisa.
El bello sexo, tierno, incauto, dulce,
porque al imperio del amor cedía,
á destierros mortíferos lanzado,
su sensibilidad allí sufría
horrorosos castigos indecibles...
Á Venus por do quiera perseguía...
Nadie, sí; ninguno; de sus penas
compadecerse alguna vez podía.

¡Y todo lo callaba el pueblo esclavo!
Ahora que libre goza garantías
vedle allí ingrato. ¡Oh dioses que en el cielo
miráis esta traición, lanzad las iras
sobre estos monstruos bárbaros!

LAZO

El fuego
cada momento advierto que se aviva.

VILLASEÑOR

Id, ordenad que el coronel Ramírez
de diez soldados lleve una partida,
llevad vos otra, y por diversos puntos
llamadles la atención. Que se dividan
para desconcertarlos fácilmente.

LAZO

Voy, pues; mi espada ya se resentía
de no ser la primera en estos lances.

(Vase.)

ESCENA SÉPTIMA

VILLASEÑOR solo, paseándose.

No cesa el tiroteo en las esquinas

al norte del cuartel. El parque se halla
(Se para un rato y sigue.)
bien resguardado y fácil no sería
que se incendiase. Muy distante suenan
los tiros ya, sin duda se retiran
(Se oye lejos y escaso el fuego.)
los sublevados. Nuevos esfuerzos observo
que otra vez hacen, nueva tentativa.
(Revive el fuego.)
Muy poca es nuestra tropa, apenas somos,
según lo que aparece de las listas,
los jefes, oficiales y soldados,
doscientos diez. Enfermos son arriba
de cuarenta, y la tropa de Cartago
ciento sesenta en número. Reunida
toda esta fuerza, cuatrocientos veinte
es el total : si de éstos se nos quitan
los de Cartago que flaquean, restan
hábiles para el fuego y las fatigas
doscientos diez. ¡Sacando á los enfermos!
(Pausa.)
Eran dos mil los que marchar debían
y éstos se han sublevado. Á más del número
ventajas mil en su favor militan.
En su propio terreno, con recursos
de víveres y de agua. Las salidas
para escapar do quiera. Si se cansan
ya de pelear, ó el miedo les agita,
seguridad en cualquiera parte encuentran.
¡En fin, cambiando suerte apostaría
que ni un instante solo nos sufriera
nuestros ataques, mísera gavilla!

ESCENA OCTAVA

Dicho y MORAZÁN.

VILLASEÑOR (asustado).

Mi General, ¿venís herido? ¡Oh cielo!

MORAZÁN (con serenidad).

(Trayendo un pañuelo amarrado cubriéndole la boca, con algunas manchas de sangre en el vestido.)

Sí, pero levemente. Es infinita
la muchedumbre de rebeldes. Queda
Cabañas persiguiendo sus partidas
y mil prodigios de valor haciendo.
Melara ha caído herido, y él peligra.
Cortez, Rosales y Valencia han muerto,
de nuestros oficiales. Una herida
han recibido Retes y Ramírez
en los brazos derechos. Noble envidia
de valor y de gloria á nuestros bravos
en la refriega ardiente anima.
Los alzados se asoman á una calle,
pero tan luego que á Cabañas miran
partir sobre ellos como veloz rayo,
se desconciertan y huyen. Si por dicha
cuatro pasos avanzan, retroceden
mil y mil más. Increible es la atrevida

decisión de Cabañas, que asimismo
en el valor se excede y la osadía.

ESCENA NOVENA

Los Dichos y LAZO.

MORAZÁN

Mas viene Lazo... ¡y gravemente herido!

(Se pone la mano en la frente manifestando pesar al verle entrar bañado en sangre. — Se recuesta en un sofá que estará en frente contra la pared.)

¡Valiente amigo, el verte me contrista!...
recostaos allí.

LAZO (con languidez).

¡Viva la patria!
Esta es, mi General, mi fiel divisa...
No hay cuidado... me aguarda ya la gloria.
Adiós, mi General... Patria querida...
Aceptad este obsequio... Cara esposa
no lamentéis mi muerte, esposa mía...

VILLASEÑOR

Haced por sosegar un breve rato,
tal vez así vuestro dolor se alivie.

DE EL SALVADOR

LAZO

Ningún dolor yo siento... no, ninguno...
¡Ah! yo tener quisiera muchas vidas
para exhalarlas todas por la patria...
una que tengo ya concluye, ¡oh dicha!
aceptadla, ¡oh mi patria, y no apetezco
otra felicidad... patria querida!...
Acuérdate una vez... ¡Ah, qué memoria!

VILLASEÑOR (levantándose).

Yo parto hacia el combate, no quería
perder la gloria de morir peleando.

MORAZÁN

Que nadie, nadie sepa de mi herida,
porque la tropa así se desalienta.

VILLASEÑOR

No se sabrá.

ESCENA DÉCIMA

Los Dichos, menos VILLASEÑOR.

LAZO

La sangre me fatiga...

MORAZÁN

¡Caro amigo! esa muerte es el ocaso
del astro hermoso que en el cielo gira;
pero que más fulgente y rubicundo
en las esferas diariamente brilla.
La sombra de la muerte que os aguarda,
es cual la nube que un instante eclipsa
la clara luna; y luego despejada
luce más apacible y es más linda.
Dormid si os es posible.

LAZO

Eterno sueño
muy luego ocupará la frente mía.

ESCENA UNDÉCIMA

Los Dichos y CABAÑAS.

MORAZÁN

Querido amigo, ese incansable brazo
trabaja por la patria noche y día...
¿Qué esperanza de paz?

CABAÑAS

Jamás se ha visto
concurso tal de gente así reunida

contra unos pocos bravos. De ambas sexos,
niños y viejos, de armas muy distintas
hacen temblar las calles. Dos ministros
del Sacro Altar, que humanidad predican,
olvidando sus santas devociones,
al fuego y á la muerte los concitan.
El combate es terrible ; á nuestra tropa
la hambre y la sed con lástima fatigan.
¡ Y el sueño y el cansancio ! Ni un instante
de descanso ha tenido.

(Viendo á Lazo que dió un suspiro, y con admiración y ternura.)

¿Quién expira?
cerca de mí ?

MORAZÁN

Es el coronel Lazo
que lucha con la muerte.

CABAÑAS

Me lastima
su situación. Es bravo en la pelea,
de aptitud y lealtad bien conocidas.
Su impavidez le causará la muerte.
Y pelotones enemigos, que huyen
de su tremendo choque, y se retiran.
Pero él cargando con terrible enojo,
las balas y la muerte desafía,
hasta que fué herido. ¿ Ese es el balazo?

(Preguntando y señalando el carrillo á Morazán.)

DE EL SALVADOR

MORAZÁN

Sí, pero de soslayo; es en la mandíbula
inferior.

CABAÑAS

¡Ah! ¿sabéis quién es el jefe
de los rebeldes?

MORAZÁN

Muchos cabecillas
deben tener tal vés.

CABAÑAS

Antonio Pinto,
un viejo portugués, se da las ínfulas
de general en jefe.

MORAZÁN

Le conozco.
(Se oye fuego vivo y ataque.)

CABAÑAS

Me voy, señor.

MORAZÁN

La buena disciplina
haced se cumpla, General.

CABAÑAS

Muy bueno.

ESCENA DOCE

Los Dichos, menos CABAÑAS.

(Cesa un momento el fuego.)

MORAZÁN (después de una breve pausa tomando un polvo).

Mucho dura el combate, y la tropa
de tanto batallar está rendida.
Es sufrida y valiente hasta el extremo...
Estos son los trescientos de Leonidas,
célebres espartanos, que á su patria
sacrificaron sus preciosas vidas.

LAZO (con voz sumamente débil).

Mi General, yo muero... ya mis ojos
sombras oscuras y fantasmas miran...
Adiós, mi General... ¡Ah, patria... patria!...
(Expira.)

MORAZÁN (viéndole y con pesar).

Sí, ya expiró, ya su alma está tranquila
en la morada del Creador gozando
eterna gloria, inmarcesible vida.
Id, caro amigo... Adiós... Sensible muerte...
(Queda pensativo, y siguen tiros salteados.)

ESCENA TRECE

DICHO y VILLASEÑOR con precisión.

VILLASEÑOR

Señor, de nuestra tropa es inaudita,
en tan tenaz y desigual combate,
la sufrida constancia y bizarría;
pero es sacrificarla, si tardase
un día más el fuego; acabaría
de hambre, de sed y de cansancio á un tiempo.

MORAZÁN

Ahora por la orden general del día,
un ascenso efectivo se concede,
desde soldados inclusive arriba :
es decir, de una vez dos grados juntos :
que se replieguen todas las guerrillas
á este cuartel; que se suspenda el fuego
por nuestra parte y que las baterías
sean aquí mismo frente de la puerta :
que descansen, pues bien lo necesitan.
¡Cuidado quien da un tiro en esta noche!
Romper debemos la enemiga línea
para salvar la tropa. Haced se cumpla,
amigo, con esta orden y escribidla
porque no hay ayudante.

(Villaseñor escribe.)

VILLASEÑOR (concluyendo de escribir).

Voy al punto
á que se comunique y escriba
en los libros de cuerpos.

(Vase.)

ESCENA CATORCE

MORAZÁN solo.

Sí, precisa.
(Tomando un polvo.)
Ya todo está perdido. No hay remedio...
la suerte se ha cambiado... ¡Oh patria mía!
Vuestro destino es triste, inevitable.
(Pausa en tanto se toca la orden).
¡Inevitable y triste! ¡Qué desdicha!
(Se oye tocar orden general, con un corneta, y se repite por un tambor.)
¿Y nunca, nunca cesarán los males
que despedazan la patria mía?.....
Sí, cesarán en todos los Estados.
Hay hombres, cuyo esfuerzo lo dedican
á tan laudable fin. Estas desgracias
son momentáneas y no creo impidan
la majestuosa marcha de los pueblos
hacia su gloria y su futura dicha.

ESCENA QUINCE

DICHO y VILLASEÑOR.

(Sentándose y quedan un rato en silencio.)

MORAZÁN

Antonio Pinto es ahora el comandante
de las tropas rebeldes. ¿ Lo sabéis ?

VILLASEÑOR

Lo sabía, y á fe que no encontrarán
un mayor insensato en esta vida...
Pero yo no le ví en ningún encuentro,
ni siquiera oí mentarle. ¿ Do estaría ?

MORAZÁN

En el lugar de todos los cobardes :
oculto en algún cuarto. Su inepcia
no merece mandar, servir tan sólo.

(Se oye ruido de descansar las armas y susurro.)

VILLASEÑOR

Ya está la tropa aquí toda reunida.

MORAZÁN

¡ Valientes militares ! hijos fieles
de la adorada patria por quien lidian...
cada soldado es un baluarte fuerte
de la libertad santa. ¡ Ah ! ; ¡ cuál palpita
de amor mi corazón al contemplarlos !
(Mira á la izquierda.)
¡ Porción de americanos escogida !
Honor del país que tuvo la ventura
de producir valientes. Algún día
vuestros costosos sacrificios logren
de laurel inmortal corona digna.

ESCENA DIEZ Y SEIS

Los Dichos y CABAÑAS.

(Sentándose y enjugándose el sudor del rostro. — El fuego de parte de los enemigos se suspende por intervalos.)

CABAÑAS

¿ Cómo le damos sepultura á Lazo ?

MORAZÁN

Si no es posible aquí, hay que exista

y le sepulten nuestros enemigos.
¿ El sepulcro también le negarán ?

VILLASEÑOR

No sería eso extraño; quien ataca
á fuego y sangre al que le dió la vida
y su favor detesta. ¡Cielo santo!
¿ qué le resta qué hacer ? ¡ Á cuánto obliga
la vil ingratitud ! ¡ Cuántas desgracias
ha ocasionado al mundo la perfidia!

MORAZÁN

¿ Qué hora es ya, Cabañas ?.....

CABAÑAS

Son las siete,
y la lluvia amenaza á toda prisa.

MORAZÁN

Que descanse la tropa, entre muy breve
debemos escaparla de la ruina.
(Se oyen tiros salteados.)

VILLASEÑOR

Aun continúa el fuego, ¡ inconsecuentes !
(Con enojo.)
¡ Se ufanan en su crimen todavía !
¡ Mas de ocho mil contra doscientos hombres,

y un fuego vivo que tardó tres días...
en su tierra natal y con recursos!
¡Qué valientes! Vergüenza les daría
(Con sonrisa terrible.)
á otros contra tan inaudita historia...

CABAÑAS

Y alzarse contra aquellos que querían
hacer feliz su país, y que sin ellos
el poderoso yugo sufrirían
todavía sus cuellos humillados...

MORAZÁN

No me cabe en la mente, no me cabe...
¡¡¡Horrible ceguedad que escandaliza!!!
Monstruos de ingratitud, baldón eterno
caerá sobre vosotros. Vendrá el día
que la posteridad lea la historia
de vuestros hechos, y de nuestras miras
benéficas y puras, y llenando
de execración vuestra memoria, inscriba
vuestros odiosos nombres, cual recuerdo
de maldición, engaño y de perfidia.
Y los de estos valientes que han lidiado
con las desgracias llenos de fatigas
(Con ternura mirando á Lazo.)
por daros una patria venturosa
muriendo en vuestra tierra fementida;
en oro y mármol vivirán por siempre...
Sí, vivirán: la patria agradecida

bendicirá su esfuerzo y con laureles
amante cubrirá sus losas frías.
Y vos americanos compatriotas,
á quien el fuego del amor anima,
deponed esos odios perniciosos,
exterminad esa nobleza indigna,
reuníos en nación, dad á la patria,
tan suspirado y placentero día.
Aquí tenéis el más ilustre ejemplo
(Señalando á Lazo.)
de amor, de patriotismo y valentía...
Muramos por la patria, americanos,
que es glorioso morir por dar la vida.

(Cae el telón.)

DE EL SALVADOR

ACTO CUARTO

El teatro representa el salón de una casa particular, amueblada y con dos catres, uno en frente de otro, y un colchón en uno de ellos. Una mesa con recado de escribir y una urna de madera en otra mesa menor á un lado.

ESCENA PRIMERA

MORAZÁN, VILLASEÑOR, SAGET y MAYORGA.

(Los tres primeros con trajes de camino, y ponen sus pistolas sobre la mesa. — Villaseñor pondrá un puñal sobre la en que está la urna.)

MAYORGA (á Morazán).

Estoy, señor, confuso. Nunca creía
se hubiese nuestra ruina consumado.
Yo reuní alguna tropa y fuí con ella,
del general Cordero acompañado,
Rascón, valiente Bran, oficial Landa,

y otros muchos dispuestos á auxiliaros
á la cuesta llamada de las Moras.
Llegué sin contratiempo ni embarazo;
mas cuatrocientos hombres que allí había
de las tropas rebeldes apostados,
previendo nuestro auxilio nos atacan
y con décuples fuerzas alcanzaron
sobre nosotros un pequeño triunfo.
Landa fué herido en el siniestro brazo.
Algunos de ellos muertos, mal heridos...
Y en fin, retrocedí con el quebranto
de no poder estar á vuestras órdenes.
Si aun todavía es tiempo, sólo aguardo
que me mandéis para serviros pronto...
¿ Puedo ayudar mi General en algo ?

MORAZÁN

No es tiempo ya, mi tropa está cansada
y levantar refuerzos en Cartago
es obra que demanda algunas horas.
El tiempo es ya muy corto y limitado.
Sobre todo la sangre de los hombres
se vertiría inútilmente en vano.
Con tropa de refresco ni un instante
dudaría del triunfo. Los alzados,
á pesar de su mucha cobardía,
son incansables por el modo extraño
con que pelean; dan una descarga,
y huyen y desaparecen, no hacen alto
ni sufren un encuentro. De este modo
y con nuevos esfuerzos alentados,

DE EL SALVADOR

escapan, vuelven, cargan, se retiran ;
y del propio temor siempre acosados,
dudando de sí mismos, todos, todos,
hombres, mujeres, jóvenes y ancianos,
el miedo solamente les conduce
á combatir. Aquí sólo he llegado
para salvaros de un seguro riesgo.
Por vuestros compromisos sois odiado.
Vuestra vida peligra ; allá por Fárcoles
que nos salvemos es muy necesario.
Vamos, amigo, esa preciosa vida
es fuerza libertar de los amagos
de la suerte contraria.

MAYORGA

Partiremos ;
pero no está el peligro tan cercano.
Descansad un momento, en esa alcoba
hallaréis el silencio y el descanso.

VILLASEÑOR

Vamos, señor, desvelos repetidos
nos convidan del sueño á los halagos.

SARAVIA

Á mí así me parece, ya mis ojos
apetecen la calma por un rato.

DE EL SALVADOR

MORAZÁN

Vamos por un momento, amigo mío,
nuestras vidas á vos encomendamos.

MAYORGA

Dormid sin pena, mientras yo vigilo.
Si algo se ofrece os llamaré.

MORAZÁN

Os lo encargo.

ESCENA SEGUNDA

MAYORGA solo (saliendo de la escena).

Yo creí que algún recurso les quedase
para hacer resistencia aquí en Cartago,
y por eso ayudarles ofrecía
con algunos recursos de soldados,
pero viene de fuga, y yo no quiero
comprometerme más. Si fugo, salgo.
¿Cuándo vuelvo á mi país? En tierra extraña,
sin duda alguna iré á pasar trabajos.
Lo perdido, perdido. Sólo resta
ver cómo del castigo yo me escapo.
Esto es muy fácil porque aquí en mi casa
los prenderé yo, sí, para entregarlos.

De este modo me evito de un peligro
y quedo bien. ¿Qué importa que enojados
maldigan esta acción? Ya prisioneros
no les temo, y dormidos ni un amago
podrán hacerme. — En este triste mundo
la buena fe y honor sólo guardamos
cuando la vida é interés no sufren
riesgo ninguno; mas si por acaso,
de alguna circunstancia desgraciada
nos vemos una vez amenazados,
todo lo posponemos á nosotros.
Los favores y gracias olvidamos.
¿Qué extraño es, pues, que yo por mi bien propio
sacrifique á estos pocos desgraciados?

(Pausa.)

Los sacrificaré sin duda alguna,
ellos han de dormir tarde ó temprano,
pues que sea ahora; y quede yo sin pena.
Poco importa los medios de lograrlo.
Por Morazán comprometí mi nombre,
pues Morazán que pague por entrambos.
La amistad dirá un necio que debía
hacerme obrar de otra manera. ¿Acaso
hay en el mundo amigos que se expongan
á morir por alguno? Esos son raros,
que no pueden hacer todos los hombres
y sólo buenos son para pintarlos...
¿Y qué espero? Ellos duermen. Vuela el tiempo.
Voy á poner la red. Esos soldados...

(Se asoma á un lado, y por el bastidor de la derecha sale tropa armada, y Mayorga la coloca.)

Entrar bien pueden; mas salir... ¡Cuidado!

DE EL SALVADOR

ESCENA TERCERA

DICHO y SARAVIA.

MAYORGA

Nada dormisteis, general Saravia,
tal vez el sueño os quita el sobresalto :
pero aquí estáis seguro, esta guardia
velaba vuestras vidas entre tanto.

SARAVIA

No es posible dormir, tristes ideas
mi fantasía sin cesar turbando
aun en el corto sueño me persiguen...
Dormí un instante y crueles me asaltaron.
No bien mis ojos cierro cuando al punto
un terrible estupor me ha despertado.
Yo vi una inmensa y furibunda turba
que me rodeaba y feroz amago
y torvos ojos me amenaza cruenta.
Vi á todos mis amigos aherrojados
que de la muchedumbre los insultos
sufrían apacibles. Los cadalsos
en una plaza vi de nuestras vidas
fatídicos estaban aguardando.
Oído el rumor horrísono del pueblo
y al pregonero en alta voz gritando.

Veo en fin, al traidor que nos vendiera...
Rompo los grillos y sobre él me lanzo.
(Indicando furor.)
Él huye y se me escapa. En este trance
Morazán me contiene reportado.
Francisco Aqueche, unido con Velarde
y otros traidores, veo allí afanados
en consumar su infame desvergüenza...
Quiero vengarme de ellos, mas al paso
Morazán me suspende, atrás me vuelvo,
y al dirigir la vista á los cadalsos,
en una blanca y transparente nube,
mil perfumes y aromas exhalando,
ceñido de laureles y de rosas,
con un ropaje de celeste y blanco,
vi al genio de la patria, que halagüeña
con dulce risa y un estilo blando:
me dice: « No dudéis; morid con gloria:
yo estoy vuestros esfuerzos presenciando.
Los premiaré. Morid, valientes hijos.
En mi gran libro llevo nominados
los que me han sido fieles ó traidores.
Morid, morid. » Al punto levantando
el vuelo desparece de mi vista.
Le grito que me espere y recordando
miro por todas partes y no veo
sino de Morazán el sueño blando
y de Villaseñor. Estos agüeros
venturosos en parte y desgraciados,
me predicen catástrofes terribles...
(Pausa.)
(Mayorga se manifiesta sorprendido.)

No las presenciaré, tengo en mi mano
el medio de evitarlas.

MAYORGA (con sobresalto).

¿ Persiguiendo
al que decía que os vende?

SARAVIA

¡ Ah! si en mis manos
le tomara yo aquí, ése sería
el medio más seguro. Otro es acaso
más triste, pero breve.

MAYORGA

Yo me marcho
á disponer nuestra partida al punto.
Quedad con Dios, señor. Mucho cuidado.
(Á los guardias y vase.)

ESCENA CUARTA

SARAVIA solo.

¡ Ah! si Saget hubiese concurrido,
el triunfo era seguro y los malvados...
su ingratitud tan negra llorarían...

Mas el pliego á sus manos no ha llegado,
interceptado fué seguramente...
En el puerto, él también yace rodeado
de dudas y enemigos... ¡ Dura suerte !
la de tantos valientes que arrostrando
los riesgos del Océano, y cuantas penas
una campaña ofrece, han quebrantado
los hierros de estos míseros ilotas
para lograr en premio ser tratados
como enemigos por un pueblo injusto !

(**Pausa.**)

De sus patrios hogares tan lejanos,
¡ Hidalgo ! ¡ Blanco ! santos sacerdotes
que la moral de Cristo Soberano
predicáis compungidos, ¿ vuestras reglas
permiten que os mezcléis en lo profano ?
¿ y qué encendáis la tea de discordia
con vuestras puras é inocentes manos ?

ESCENA QUINTA

SARAVIA y VILLASEÑOR.

VILLASEÑOR

Duerman los imbéciles que sin pena
presencian de la patria los quebrantos;
y duerman los perversos cuyos triunfos
á costa de bajezas han logrado.

SARAVIA

Esos no duermen; su conciencia sola
les remuerde do quier; viven temblando.
Huyen de sí mismos. El delito
lleva tras sí la pena. Los malvados
ignoran el sosiego: si por dicha
duermen alguna vez, están mirando
presente su maldad y los errores
que ella produce. El sueño es un letargo
horrible y pavoroso. Oyen el grito
de la viuda infeliz á quien quitaron
de su adorado esposo el dulce apoyo;
oyen del huérfano el clamor amargo
sin el amante padre que cuidaba
su infancia débil é inocentes años:
y aquel gemir tan tierno y lastimoso,
del miserable y moribundo anciano
sin el hijo virtuoso que asistía
su triste día y postrimer descanso.
Oyen también los ayes de una patria
abandonada á sus adversos hados;
y oyen de sus conciencias las terribles
reconvenciones. Su vivir infausto
es una lenta muerte insoportable...
mucho más horrorosa que el cadalso.

(Pausa.)

Yo no temo la muerte, sólo siento
los males de mi patria y sus quebrantos.
Si me toca morir, yo sentiría
en las manos concluír de esos ingratos.
¿Aun duerme el General?

VILLASEÑOR

No. Está despierto,
con Espinac y con Mayorga hablando.

SARAVIA

¿Y qué dice Espinac?

VILLASEÑOR

De enviado viene
por el el jefe rebelde, y sus tratados
son de paz. Creyendo que nosotros
queremos reunir fuerzas, le han mandado
cerca del General pidiendo paces.
Garantizan su vida y la de cuantos
compañeros componen nuestra fuerza.
Él dice que Cabañas ha pasado
para Matina en busca nuestra, y dice
que él responde del propuesto pacto
con su cabeza.

SARAVIA

¿Ya pasó Cabañas?
(Con ligereza.)
¡Cuánto lo siento!... ¡Amigo!...

ESCENA SEXTA

Los Dichos y MORAZÁN con serenidad y pausa.

(Ellos se paran, él les hace señas con la mano de que se sienten y él también.)

MORAZÁN

No, sentaos.
(Después de una pausa.)
Yo intentaba embarcásemos en Tárcoles
y reunirme á Saget. Luego he pensado
aceptar de Mayorga las ofertas
y resistir aquí; pero evitando
el derramar más sangre, yo convengo
y prefiero la paz que me ha mandado
proponer Pinto.

VILLASEÑOR

Es bueno por supuesto,
que cesen de la guerra los estragos.

SARAVIA

Voy á ver á Espinac.

(Se para y quiere salir por la izquierda. – El centinela le presenta la bayoneta calada sin hablar palabra. — Saravia retrocede lleno de enojo. — Morazán y Villaseñor se sorprenden y miran atentamente al centinela.)

¿Pero qué es esto?
¿Se me detiene, se me impide el paso?...
¿Esto qué significa, qué propuestas
de paz son ésas, General?

MORAZÁN

Sentaos.
Será equivocación del centinela.
Pronto vendrá Mayorga, y el soldado
castigado será por ese abuso...

SARAVIA

No puede ser que se hava equivocado.
Esta es orden expresa; ¿y con qué objeto
se halla esta guardia aquí?

MORAZÁN

Para resguardo
de nuestras vidas, debe ser sin duda.
Mayorga es un sujeto muy honrado,
un fiel amigo y súbdito sumiso.
No recelóis ya de él, en breve rato
vendrá y saldréis.

VILLASEÑOR

Á mí nada me admira.
Á estos sujetos los conozco tanto...

SARAVIA

Si esta fuera traición, fuera preciso
confesar que no se halla, en este Estado,
un hombre solo que el honor aliente.
Aguardaremos, pues: pero entretanto
¿no disteis orden para que á Cabañas
le fuesen á volver?

MORAZÁN

Ya lo he mandado.
Cabañas debe estar junto á nosotros,
y él corre esos caminos por buscarnos.

VILLASEÑOR

Á la hora de ésta volará la nueva
de la revolución por los Estados.

SARAVIA

Y á fe que habrán descrito la refriega
en favor de ellos con distintos rasgos,
esos rebeldes.

MORAZÁN

Eso es indudable,
ellos habrán iluminado el cuadro
pintando al temple los sucesos todos
con un pincel y coloridos falsos.

SARAVIA

¡Oh! y cuanto valiente en esta escena
deberá parecer. Nos han tocado
cuarenta y dos contra uno de nosotros
en su terreno y dueños del abasto.
(Con ironía.)
Son valientes, no hay duda, bien merecen
de la posteridad fama y aplausos.
Y cuando el mundo sepa por la causa
que con tanto denuedo han trabajado;
cuando sepa que el proyecto noble
de nacionalidad han atacado;
entonces, sí, sus venerables nombres
serán de los patriotas recordados,
con respeto y amor.

VILLASEÑOR

Cual lo merecen
por tan laudable acción y los conatos
que tan bizarramente han sostenido,
para arruinar su país. Cuando el tratado
(A Morazán.)
que celebré con vos en el Jocote
y setecientos hombres engrosaron
de mis filas las vuestras, yo advertía
en sus rostros patente retratado
el placer y el temor al mismo tiempo,
con extrañeza y confusión mezclados:
celebraron haber dejado el yugo
temiendo todavía á su tirano.

¡Lo que produce la servil costumbre!
Le temen todavía y van buscando
los grillos de algún otro; porque es cierto,
que estando vuestro plan paralizado
(de establecer el nacional gobierno)
y estando divididos los Estados,
siendo cada uno de ellos absolutos
en su administración y soberano.
¿Será difícil que alguien con astucia
ó por la fuerza quiera sojuzgarlos?
Y á éste con más razón, por la distancia
y por la timidez de los paisanos...
¿Carrillo no era aquí jefe perpetuo
de vidas y de hacienda dueño? ¿Acaso
algún Estado reprimió su avance?
¿Quién de estos pueblos se hubo lastimado?
Todavía existieran en cadenas
si aquietarlos... ¡Me irrito al recordarlo!

(Con furor.)

MORAZÁN

Dejad correr el tiempo, que él ofrece
todos los días nuevos desengaños.
Por no haber un poder en la República
que la haga respetable, con descaro
y conculcando todos los derechos,
que el mundo reconoce por sagrados;
el Almirante inglés y Macdonald
sin el menor respeto arrebataron
del puerto de do fuera comandante
al buen patriota coronel Quijano.
¿Quién reclamó contra tan torpe abuso?

DE EL SALVADOR

¿Se han satisfecho acaso aquellos gastos
que el hecho ocasionó? Pero dejemos
que el tiempo lo remedie.

SARAVIA

Mas en tanto
Mayorga no aparece, y en arresto
nosotros por supuesto nos hallamos.

VILLASEÑOR

Y ya no sufro yo tanta demora.
Estamos en prisión, no hay que dudarlo.
(Aparte.)
Tomemos nuestras armas, y arrollemos
con esos centinelas.

SARAVIA

Señor, ¿vamos?
es muy poca la fuerza que nos guarda.

MORAZÁN

Y aun cuando fuera mucha. ¿No he pasado
por entre más de cuatrocientos hombres
sólo yo de un patriota acompañado?
¿No han silbado las balas en mis oídos?
¿No he sido ardido con los fogonazos?
Pero yo aguardo que Cabañas vuelva,
y todos juntos un gran golpe demos

al traidor que nos venda inconsecuente.

(Se oye toque de tambor, y Morazán fijando el oído, dice:)

Ese será Cabañas, no hay cuidado.

(Villaseñor se para y de lejos mira por entre los bastidores de la izquierda, y desesperado, dice:)

VILLASEÑOR

Es tropa josefina; la conozco,

(Vuelve tomando una pistola, y quiere disparársela. — Morazán se para y se la quita diciéndole:)

MORAZÁN

¿Quieres así la vida? ¡Temerario!

VILLASEÑOR

No quiero yo que estos indignos gocen
el placer de matarme.

SARAVIA

Sosegaos,
su intención ignoramos todavía.

VILLASEÑOR

¡Su intención! ¡Su intención! ¡Ya la palpamos!
¡Qué! ¿lo dudáis?... ¿No conocéis su infamia?

(Se pasea descompasado por la escena pensativo. — Se ve llegar la tropa josefina, y el tambor toca redoble. — Ella entra y refuerza los centinelas que calan bayoneta. — Villaseñor los ve furioso y sigue.)

DE EL SALVADOR

VILLASEÑOR

No gozaréis ese placer ¡ingratos!
la muerte ha de librarme de la muerte.

(Toma el puñal y se hiere el costado izquierdo, cayendo bañado en sangre. — Morazán corre á sostenerlo y con Saravia lo conducen moribundo al catre sin colchón, donde le acuestan.)

MORAZÁN

¿Qué hiciste ya? ¿Qué hiciste?

SARAVIA

¡Duro caso!

MORAZÁN

¡Traición! ¡Traición! ¡alevosía infame!
(Pausa.)
¡Espinac! ¡Espinac! ¡Me has engañado!
Has faltado á la fe... á tu palabra...
al honor... al deber... Has quebrantado
el convenio que hicimos... ¡Ah, vileza!

VILLASEÑOR (con voz trémula como hablando con los josefinos).

No gozaréis ese placer, ¡malvados!...
No, no le gozaréis... Dejadme, impíos...
Dejadme ya... Dejadme... ¡Retiraos!

DE EL SALVADOR

SARAVIA

En su delirio ve á los enemigos
y les habla impaciente. ¡Qué espectáculo
capaz de concitar aun á las fieras,
á la venganza y al honor! ¡Qué infausto,
qué lamentable y pavoroso lance!
Todo es fúnebre aquí, el aparato
de la tropa, sus señas furibundas.
Villaseñor en sangre allí bañado.
Herido vos. Esa urna, todo, todo,
todo es terrible y funesto.

MORAZÁN (con serenidad).

Era un regalo
(Señalando la urna.)
que al Sur quería hacerle, remitiendo
del general La Mar los restos gratos.

ESCENA SÉPTIMA

Los Dichos.

(Una escolta conduce otros dos presos. Un carcelero lleva cuatro pares de grillos, una cadena y un martillo.)

CARCELERO

Señor, soy mandado, dispensadme.

DE EL SALVADOR

MORAZÁN

Es preciso que todos sean bárbaros.
Cumple con tu comisión honrosa; y diles
que un valiente desprecia sus amagos.

(El carcelero en silencio hace lo dicho, arriba remacha la cadena á uno de los que han traído y la asegura contra un pilar — El otro baja el colchón y le tiende al pie del catre — Siéntase y también le ponen grillos, y Morazán ya engrillado se sienta en el catre.)

(Mientras el carcelero los engrilla.)

Aseguradlos bien que ésos merecen
todos los que han venido á libertaros.
Esas son las cadenas que vosotros
arrastrabais humildes cual esclavos...

(Al ponérselos á él.)

Castigad estos pies porque vinieron
esos pesados grillos á quitaros.
Dad duro, éste es el premio que los viles
dan á sus bienhechores.

(Al ponérselos á Villaseñor, Saravia toma un papel y comienza á escribir.)

VILLASEÑOR

Remachadlos!...
no muy duro... que luego á los pies vuestros
deben volver.

(Al ponérselos á Saravia, él no vuelve á mirar, pero le dan un martillazo en el pie.)

SARAVIA

¡Ah! ¡cómo se ha eclipsado

en un momento tanta gloria! ¡Oh cielos!
Vijil, Villaseñor... ¡fieles amigos!

(Se agacha y con disimulo toma el veneno que lleva en una sortija. — Los guardias al verle expirar le levantan y acuestan sobre el colchón, y vase el carcelero, y los centinelas calan bayoneta.)

ESCENA OCTAVA

Los Dichos, menos el Carcelero.

MORAZÁN (viendo á su hijo).

¡Ah, desgraciado joven!... Hijo amado.
¡Ah, mi familia!... En este instante amargo,
su memoria dulcísima enternece
mi corazón... ¡Adela! Fruto infausto
de una honesta pasión... Esposa mia,
esposa idolatrada... ¡Cuán en vano
batallamos por vernos! ¡Dura suerte!

(Pausa.)

VILLASEÑOR (con voz lánguida).

Mi General, yo soy muy desgraciado...
No he podido morir en la refriega
Ni de esta herida moriré... Entre tanto...
La idea de una patria abandonada,
me aflige... General...

MORAZÁN

¡Ah! mil cuidados
despedazan la mía!... Caro amigo:
yo al sepulcro conduzco desdichado...
Yo causo vuestra muerte... Perdonadme...

VILLASEÑOR

¿De qué, mi General?... Hemos lidiado
en favor de la patria. ¿Cuál delito
pretendéis que os perdone?

MORAZÁN (enternecido viendo otra vez á Saravia).

¡Ah, desgraciado!
¡joven amable! ¡oh, suerte! ¡oh, faltal suerte!
(Sentándose.)
¡Descansad, joven, del Eterno al lado!
(Música triste, que dura cinco ó seis minutos.)
y suplicad al cielo justiciero
el bien de nuestra patria. — Desde lo alto
veis ahora el desconsuelo en que yacemos.
Rogad á ese gran Dios por los ingratos
que os causaron la muerte; esa venganza
es digna de almas grandes. ¡Ay! en tanto,
¡oh, amable joven! mis turbados ojos
que dulcemente han humedecido el llanto,
dejad que viertan lágrimas copiosas.
(Se enjuga.)
Gozad, joven precioso, del descanso...
¡Vijil!... ¡Hijo querido!... ¡Cruel momento!

DE EL SALVADOR

Aguardad con firmeza el trance amargo.

(Ellos se enjugan.

¡Viva la patria! amigos, y estas voces
penetren esos cielos sacrosantos.

(Cae el telón.)

ACTO QUINTO

El teatro representa una prisión con sus correspondientes centinelas. Habrá una mesa con recado de escribir á un lado. Villaseñor acostado en un catre, y en otro Morazán sentado, y el fondo desocupado. No tendrán grillos y tendrá Morazán traje diplomático y Villaseñor militar.

ESCENA ÚNICA

VILLASEÑOR, MORAZÁN, luego UN OFICIAL y SOLDADOS.

MORAZÁN

¡ Una hora de existir! ¡Ya no hay remedio!...
El tiempo vuela y mi carrera es corta.
Dentro de breve rato, esposa mía,
viuda serás, desamparada y sola.
¡ En la triste horfandad mis caros hijos
lamentando mi muerte y mi memoria

injuriados tal vez y perseguidos,
doble pesar tendrán, doble congoja!...
Huíd de mi mente rigorosa idea...
huíd para siempre imagen pavorosa...
¡Mi patria! ¡Oh Dios! mis fieles compañeros
quienes en las pasiones gimen ahora,
enfermos indigentes ateridos
del frío en la inclemencia más pavosa;
distantes de su patria soportando
de su vida infeliz la carga odiosa.

(Breve pausa.)

Los ancianos, las viudas y los hijos
quienes la parca arrebató impiadosa
sus hijos, sus esposos y sus padres,
lamentarán su suerte. ¡Aterradora
por do quier me persigue la voz triste
de la patria infeliz que lastimosa
me llama demandándome socorro,
y no puedo ayudarla en tan penosa
terrible situación! ¡Cuántos puñales
de cruel dolor mi corazón destrozan!

(Pausa y música triste.)

Eterno Dios que presencias el cuadro
de traición y maldad que artificiosa
traza la mano de enemigos pérfidos,
que veis de mi alma la inocencia, colma
de bendiciones á mi patria amada,
que tus bondades y amparo imploro.

(Con voz humilde y lastimeros ayes.)

Colmad, sí; tu diestra poderosa,
sólo la salvará de los abismos
á que sus enemigos la desploman.

Monstruos de ingratitud, ¿estáis saciados?
Aun falta sangre que verter preciosa.
La mía, sí, inhumanos. Con mi sangre
consumaréis vuestra fatal deshonra.
(Con energía.)
¿Pensáis que ese cadalso me intimida?
Si lo pensáis, venid. La idea sola
de mi patria me aflige; mas la muerte
jamás, jamás arredra á los patriotas.
¿En el campo de Marte do la buscan?
¿En el patíbulo es más pavorosa?
Os engañáis si créis que yo la temo.
(Pausa y música triste.)
Cuando se escriba esta inaudita historia
y la posteridad vea sus líneas
manchada con la sangre de patriotas
sacrificada á fiera saña
de negra ingratitud; y cuando se oigan
los ayes de los pobres desvalidos
sumidos en miseria lastimosa;
entonces ¡ay! de execración eterna
los cubrirá la patria vengadora...

VILLASEÑOR (con languidez).

Mi General, hoy quince de setiembre...
En Centro América es día de gloria...
En él á exhalar vamos nuestras vidas
por nuestra cara patria... Cuando esconda
el bello sol sus esplendentes rayos
Y al ocaso descienda su carroza...

También nosotros, General, iremos
á pernoctar en las eternas sombras...
Hace ahora veintiún años que estos países
rompieron las cadenas españolas...
Y Costa Rica al fin de tanto tiempo
rompió las suyas duras, vergonzosas...
forjadas en su suelo. Nuestro esfuerzo
porque se las quitamos premia ahora...
Habrá hombre, no lo dudo, que repruebe
en este país acción tan afrentosa...
Sí, puede haberlos...

MORAZÁN

¡Quince de setiembre!
¡Qué dulce y triste me es esta memoria!

(Pausa, música triste y se pasea despacio.)

VILLASEÑOR (reanimado).

Mi espíritu se anima al recordarla.
¡Qué muerte tan feliz y tan gloriosa!...
¡Dichosos los que mueren por su patria!...
¡Desdichado el traidor que la deshonra!...
¡Ah! cuando nuestras almas se desprendan
del polvo frágil que ahora las estorba...
y volando al Olimpo por los aires...
ante el Creador se postren presurosas...
y de sus hechos le den cuenta, y blando
en su mansión divina las acoja...

DE EL SALVADOR

Y desde allá miremos nuestra patria
regida sabiamente y venturosa...
¡Ah, qué placer! ¡qué gratas esperanzas!

(Pausa breve. Con voz pausada.)

Y nuestros asesinos, cuando su hora
entre martirios y tormentos crueles
postrera llegue y bajen de las cumbres
del báratro horroroso, y Minos juzgue
severo é imparcial todas sus obras...
Maldecirán su crimen, y espantosas
las furias les darán su digno premio.
¡Y el castigo más crudo y más terrible
á sus feroces crímenes imponga,
y eterna perdición, duro contraste!

(Música triste.)

MORAZÁN

Valientes hijos de la patria gloria
Vosotros que anheláis verla felice,
y darle ser; seguid tras las antorchas
que en la ardua senda alumbran rutilantes
y conducen al fin en la memoria
de Riego, de Porlier, Vidal, Padilla.
La Rosa y Lacy las veréis hermosas
de Saravia y de Lazo y otros muchos
que recibieron una muerte heroica;
y cuyos nombres siempre venerados
brillan como la estrella luminosa...
Sí, seguidlas, seguidlas, que ya Clío

junta os espera la mortal corona
que orla las sienes de los hombres libres
de inmarcesibles lauros y de rosas.

(Pausa y música muy piana y triste. Se oye tocar llamada general con cornetas y tambores. Morazán sentado y con ternura, cuando aquella concluye :)

Se acerca ya el instante... ¡ hijos queridos !...
No os presentéis á mi infeliz memoria...
acompañad á vuestra triste madre...
¡ Oh, mi adorada, inconsolable esposa !
Perdonad á un marido desgraciado
si en tan terrible trance os abandona...
Si en nuestra unión involuntaria falta
cometí alguna vez, por Dios, perdónala...
Yo muero, ¡ oh Dios ! llevando la tristeza
de dejar ¡ay ! á una mujer virtuosa,
á una inocente hija y á unos hijos
que mi existencia hacían deliciosa.
En sus amargas lágrimas bañados
al tierno esposo no verá la esposa,
ni los hijos verán al dulce padre;
al tierno padre á quien la parca roba
el único placer que en sus quebrantos
le suavizaba en las desgracias todas.
Dentro de breve rato, esposa mía,
escucharéis las balas silbadoras
romper el corazón donde tú existes,
y dos asesinatos impiadosos
á un tiempo causarán. De aquí á un momento
antes que asomen las nocturnas sombras,
una inmensa barrera impenetrable
dividirá dos almas que hoy se adoran.

VILLASEÑOR

Haced por disipar esa idea,
mi General.

MORAZÁN

Aglomeradas todas
me quitan el valor... ¿ Mas por qué causa
yo me estremezco? No, adorada esposa,
no suspiréis por mí. Se llega el día
de conseguir la calma deliciosa...
(Pausa.)
Acaso algún amigo ó compañero
visitará mi tumba silenciosa
y allí vertiendo un dulce y tierno llanto
sobre ella hará nacer purpúreas rosas.
Y algún viajero contemplando triste
la fría tumba do un patriota mora,
maldecirá sus crueles asesinos...
y transportado en cólera furiosa
publicará impaciente por el mundo
esta mancha indeleble y afrentosa
que han hecho estos ingratos habitantes
en su nombre, por siempre; y mi memoria
hará sonar do quiera que se estimen
los laudables servicios de un patriota.
(Entra un Oficial.)

OFICIAL

Señor, se llegó la hora.

VILLASEÑOR

Sí, ya lo sé que se ha llegado la hora...
Á cada ser la suya se le llega...
y más terrible que las otras...

OFICIAL (á la tropa).

Sacadle de una vez y recostadle.

VILLASEÑOR

Llevadme con cuidado y daos prisa,
que quiero ya morir... Esta es la alfombra
más grata que encontrara en esta vida.

MORAZÁN (cuando lo llevan al patíbulo).

Pues á mi muerte un corto instante falta
y ya la parca cruda, destructora
afila su guadaña y de mi vida
el hilo infausto duramente corta.
En el altar sagrado de la patria
declaro que mi muerte presurosa
no es sino un verdadero asesinato
perpetrado por manos alevosas;
tanto más criminal y escandaloso
cuanto que no han seguido aquellas fórmulas
que el orden de los juicios establece.
He cometido yerros en mis obras

respecto á mis principios, lo confieso,
pues nadie es infalible, y digo que ahora
cuando mis opiniones en política
había ya rectificado todas,
se me asesina. Á Espinac acuso
ante Dios y los hombres. Su capciosa
entrevista conmigo me extermina.
Al Salvador, ciudad la más preciosa
para mi corazón, lego mis huesos...
Quiero, pues, se trasladen á sus losas
y permanezcan cerca de los héroes
que eternamente en su panteón reposan.
Adiós, americanos cuya espada
brilla en los campos del honor. Mi sombra,
aun muerto yo, os seguirá en los triunfos.
Exterminad esa nobleza odiosa,
dad de nación los timbres á la patria;
y cuando reposéis bajo su sombra
ufanados del bien que la habéis hecho
y sabias leyes en la paz hermosa
disfrutéis gratos, dad algún recuerdo
á un compañero de armas y victoria.

VILLASEÑOR (con voz pausada).

Yo camino al sepulcro que me espera,
y ya la muerte mis sentidos toca...
mas no llevo el sonrojo de haber sido
alguna vez traidor... Mis compatriotas...
vecinos de un Estado generoso
y valiente á la par bajo la sombra

de libre pabellón siempre me vieron
lidiar al lado de ellos. Los idiotas.
jamás, jamás mi vista merecieron...
Pues si la inexperiencia candorosa,
en los primeros días de la patria,
á muchos nos mostró sendas tortuosas
de buena fe las lícitas buscamos;
y aunque las encontrásemos fragosas
gustosos las seguimos; caminando
con entusiasmo al templo de la gloria
muchos valientes gratos me miraron.
Este placer me aliente... Cariñosa
la patria alguna vez verá á mis hijos,
y exhalará del padre á la memoria
algún suspiro que á mi tumba llegue...
¡Oh! mil veces felices los que logran
descender al sepulcro satisfechos.....
Y desgraciados los que entre zozobras
no pueden perdonarse aun á sí mismos...
y huyen de su conciencia pavorosa
que do quier los persigue y los remuerde...
y les castiga sin cesar furiosa.

(Entra un oficial.)

OFICIAL (á Morazán).

Llegó la hora, señor, de vuestra muerte.

MORAZÁN

Disponed, pues, en su lugar la tropa.

(Con serenidad.)

DE EL SALVADOR

OFICIAL

El general Villaseñor me ordena
(Se oye tocar marcha y al rato entra la tropa.)
que al pie de ese banquito, en esa alfombra
sufran la muerte, juntos, en un acto.

MORAZÁN

Haced como os lo mandan.
(El Oficial se acerca á Villaseñor.)

OFICIAL

Señor, llegó la hora.

MORAZÁN

Mandar la ejecución á mí me toca.

OFICIAL

Sí, señor.

MORAZÁN (parándose).

¡ Oh! patria idolatrada!
Aceptad el obsequio que amorosa
te hace mi vida. « Preparad las armas. »
(Viendo á Villaseñor.)
Adiós, querido amigo, llegó la hora.

VILLASEÑOR (con pausa).

Adiós, mi General.

DE EL SALVADOR

MORAZÁN (arreglando las punterías y viendo á Villaseñor).

No hagáis que pene
« Apunten. » Observad las voces todas,
(Á la escolta.)
al corazón poned la puntería.
(Ve á Villaseñor.)
« Fuego. »
(Cae.)
Adiós... Patria... Adiós,
querida esposa. (Con voz moribunda.)

(Cae el telón.)

FINIS

PARÍS — TIP. GARNIER HERMANOS